

Repertorio Americano

SEMANARIO DE CULTURA HISPANICA

Tomo XVIII

San José, Costa Rica

1929

Sábado 2 de Marzo

Núm. 9

SUMARIO

El Mensaje de las mujeres de Venezuela a sus hermanas de América.....
Beatriz I. Reina de los estudiantes de Venezuela..
Madres venezolanas protestan, informan y acusan.
Libertad para estos países!.....
La enseñanza y rigurosidad de las Matemáticas...
Noticia de libros.....
De la vida del Maestro.....

Luisa Luisi
Laguado Jayme
Los Pasajeros
Vital Murillo
Alfonso Reyes y Luis López de Mesa
Carlos Luis Sáenz

Carta.....
Homenaje a Delmira Agustini.....
Dos cartas.....
Margarita Ogilvy (y 10).....
Carta.....
Tablero (1929).....
Las siete lámparas votivas.....
Rómulo Tovar
Juana de Ibarbourou y Alberto Sum Felde
Omar Dengo
James M. Barrie
C. E. Restrepo
Alfredo Arvelo Larrieva

ACABO de recibir el mensaje conmovedor que las mujeres de Venezuela dirigen a sus hermanas más afortunadas del resto de América. El cuadro que en él trazan las madres, las hermanas, las novias de los estudiantes que en un momento de sagrada locura agitaron en plena Caracas el estandarte pisoteado de sus rebeldías juveniles, concuerda una vez más con las noticias que desde Madrid, desde Nueva York, desde otros puntos de América y Europa, nos llegan atenuadas o violentas, en las páginas de Rufino Blanco Fombona, de Pocaterria, de Jacinto López, de otros expatriados, que sólo así pueden elevar su voz, desmentida una y otra vez por los encargados de acumular sombras sobre el porvenir de América.

La tiranía de Juan Vicente Gómez no es, sin embargo, un secreto para nadie.

Sólo que la inmensa, la desoladora cobardía moral que es el más saliente rasgo de la humanidad de post-guerra, acaso como consecuencia inevitable de los atroces sufrimientos soportados, o por el agotamiento de una superproducción de energías y de sacrificios, ha echado un velo de silencio y de indiferencia sobre la casi totalidad de la intelectualidad americana. Por todas partes surgen y se consolidan núcleos de despotismo, en esta América que tuvo y sigue teniendo la pretensión de la hegemonía democrática del mundo.

Sin contar la fiebre de imperialismo, de dominación económica, de orgullo nacional—tan semejante al de la Alemania del siglo pasado—que ha hecho presa de los Estados Unidos, por todas partes nos va cercando como un enorme cinturón, de despotismo que se estrecha más y más, hasta que llegue a ahogar los últimos centros donde se conserva todavía el patrimonio que por extraña ironía de la suerte fueron los mismos hombres del Norte, los Wáshington y los

El mensaje de las mujeres de Venezuela a sus hermanas de América

— De La Pluma, Montevideo, Uruguay —



Por Emilia Prieto

Lincoln, que nos legaron con la revolución de 1775.

Leguía en el Perú, Siles en Bolivia, Gómez en Venezuela, Ibáñez en Chile, continúan, remozándola con modernas apariencias de necesidad, la vieja tradición de caciquismo que tanta sangre costó desarraigar. Y el peligro que Nitti señalara para toda Europa, en el fascismo italiano, puede sostenerse también para América, amenazada por el imperialismo efectivo de los Estados Unidos y por su suicida imitación de los gobiernos despóticos de Europa. Aunque el despotismo de Gómez sea, más bien, la reproducción exacta de aquella otra tiranía vitalicia de Porfirio Díaz en México, antes que imitación europea; pero fortalecida, eso sí, por la ola reaccionaria que va paulatinamente envolviendo a la humanidad.

Es deber imperioso de quienes, convencidos de la superioridad indiscutible de la democracia sobre toda otra tentativa de gobierno, han llevado hasta hoy a su más alta expresión esta forma esen-

cialmente americana; es deber imperioso de improrrogable urgencia, levantar la voz en defensa de los principios desconocidos y escarnecidos por los gobiernos de fuerza.

No a otro objetivo tiene la constitución en nuestro pequeño país, orgullo hasta ahora de América, por su limpia democracia efectiva, de un comité formado por las más destacadas personalidades de las letras, que trabajan silenciosa y tesonosamente por la difusión de los principios ideológicos de la revolución mexicana, esfuerzo desesperado y grandioso que salva a América de su inconcebible regresión política. Nuestro Comité Uruguay-México no podía permanecer indiferente al llamado de las mujeres de Venezuela; y apenas su Presidenta tuvo en sus manos el emocionante mensaje, se acordó pasar un telegrama al Ge-

neral Gómez, para pedir la libertad de los estudiantes que conjuntamente con Antonio Arraiz, el poeta de vanguardia, sufren la pena de su gesto heroico. Y para que este telegrama no fuera simplemente un gesto espectacular e ineficaz, acaso perjudicial para los muchachos a quienes se quiere salvar, el Comité dejó a un lado, momentáneamente, su ideología avanzada, para pedir el concurso de todos, sin distinción de matices religiosos ni políticos.

Y es así cómo nuestro telegrama, en el que ciframos esperanzas posibles, va firmado por los más destacados representantes de las letras uruguayas.

Pero no basta con esto. Más que nunca es necesario alzar la voz bien alto para llamar a América a la realidad de su presente, y advertirla de las sombras cada vez más espesas que amenazan su porvenir. Es necesario que se aúnen los esfuerzos aislados, y las voces dispersas de Gabriela Mistral, de García Monge, de Alfredo Palacios, de Juan C. Mariátegui, de Manuel Ugarte, de Blanco Fom-

bona, de Santiago Argüello, de Jacinto López, de José Rafael Pocattera, de Emilio Frugoni, de Américo Lugo y de tantos otros que se pierden aislados, se concierten en apretado haz de esfuerzos unidos, para salvar a América de su inminente suicidio.

Es preciso el apoyo moral a los principios de la democracia, el olvido de las ventajas personales, la serenidad austera de la voz insospechable, para decir bien alto y sostener con la acción y el carácter, que sólo la democracia puede salvar a América; que sólo en la amplia libertad de sus instituciones, en el respeto a la dignidad y a la conciencia individuales, que sólo las conquistas adquiridas a tan caro precio, pueden justificar en débil modo, pero justificar en algo, el episodio atrozmente regresivo de la Gran Guerra. Es preciso gritar bien alto, desde nuestro privilegiado país libre hasta hoy, acaso cual ninguno, que es necesario defender nuestras conquistas y extenderlas al resto de América, cuyas magníficas posibilidades se malogran en este absurdo retrogradar hacia los despotismos.

A nuestras hermanas de Venezuela, y a nuestras hermanas de Perú, de Chile, cuya siniestra Isla de Pascuas, es una pesadilla para los hombres de conciencia libre y de corazón abierto, a nuestras hermanas de Nicaragua, de Bolivia, va nuestra palabra de solidaridad y simpatía; nuestro apoyo total en esta hora de vacilación y desaliento, en esta hora en que se ven hundir, acaso quién sabe por cuántos años, las conquistas supremas de nuestra democracia americana.

Es un deber ineludible de quienes, por favor del esfuerzo o del acaso, gozan de libertades reales y de instituciones en armonía con el concepto humano de la igualdad social, de prestar todo su

apoyo a quienes, no menos dignos, pero sí más desgraciados, ven todavía lejana la era de una mejor distribución de las escasas piedades que nos brinda la tierra, al decir de Alfonso Reyes.

Una gran Liga Americana por la Democracia, reclama en esta época de inminente peligro para todos, especialmente para nuestros libres países del Sur, amenazados en las máscaras de sus conquistas, la unificación de todos los esfuerzos en una síntesis poderosa de energías, abonada por el prestigio de las grandes figuras morales, insospechables de ambición o de exhibicionismo. Gabriela Mistral, Alfredo Palacios, García Monge, Santiago Argüello, Américo Lugo, Juan Carlos Mariátegui, José Vasconcelos, Sánchez Viamonte, Jacinto López y todos los que, como vosotros, lucháis denodadamente por nuestra democracia en peligro, por una América más alta que todos los ensayos incompletos hasta hoy de un poco de bienestar para todos, ¿por qué vuestra acción serena y positiva, no se deja sentir más eficazmente en casos como el de las mujeres de Venezuela? ¿Por qué no fundar esa Liga que reúna en una sola todas las que existen, separadas por pequeñas diferencias de credo o de programa: la Unión Latino-Americana; la Liga Anti-Imperialista; para formar una única con todas ellas, de tal fuerza moral e intelectual que sus decisiones pesen efectivamente, en los destinos de América?

Nuestro Comité *Uruguay-México*, que ha elegido el nombre de la nación del Norte como símbolo de democracia americana, está dispuesto a trabajar resueltamente con vosotros en esta empresa magna de la que depende el porvenir de América. La idea está lanzada. Ojalá que no caiga en el vacío!

L u i s a L u i s i

Mujeres de mi tierra

Beatriz I, Reina de los estudiantes de Venezuela

BEATRIZ Peña es una gloriosa muchacha de Caracas, cuya exaltación al trono democrático y primoroso como reina de los estudiantes de Venezuela, en febrero de 1928, quedó señalada en la historia venezolana con sangre de inocentes y culpables.

Abnegada y heroica, romántica y aguerriada—la excelsa Beatriz Peña—simboliza el espíritu sublime y la bella sentimentalidad de las mujeres venezolanas, preclaras en los anales de la liberación de Sur América.

La mano augusta y juvenil—mano de santa y mano de rebelde—de la estoica Beatriz, dirigió los sucesos sangrientos de los estudiantes de Caracas en 1928, ardiente y bélicamente. Y éstos, algunos han caído en la tumba; otros gimen en las tenebrosas prisiones militares; y los más afortunados se refugiaron en las tristes y ásperas playas del ostracismo. Ella, la dulce muchacha de Caracas, no tuvo miedo a las balas de los sicarios y

con palabra evangélica arengó a las falanges estudiantiles en las ensangrentadas calles caraqueñas, camino de la libertad anhelada, profundamente.

¡Beatriz, eres el símbolo sagrado de la justicia de tu pueblo, de ese pueblo del Libertador y nuestro!

La reina de los estudiantes de Venezuela ha sido confinada junto con sus familiares a los más apartados y solitarios rincones del país, en castigo por sus terribles y fogosas oraciones bélicas contra la zocracía.

Pero Beatriz no teme, porque tiene conciencia de su apostolado como Juana de Arco, porque en su presencia vió caer a sus más valientes camaradas de ideales redentores, y porque ama la libertad y la justicia de su pueblo por encima de su propia muerte.

¡Beatriz, salve luz de un pueblo!

¡Tú eres, muchacha excelsa de mi tie-

rra, como aquella otra Beatriz poética de la *Divina Comedia*, emblema de liberaciones luminosas!

Tu pueblo, nuestro bendito pueblo—padre de Bolívar y Miranda, padre de Sucre y Cecilio Acosta—es tu Dante Alighieri, magna Beatriz.

Y este nuevo Dante, fuerte como Prometeo y milagroso como Cristo, romperá sus cadenas y resucitará de su sepulcro, varonil y óptimo, prodigador de las simientes de la libertad, a través de los pueblos encadenados, como antaño, romántico y temerario, caballeresco y valiente... Este nuevo Dante que te ama de rodillas, te coronará de estrellas, llenará tus brazos de laureles y mirtos.

¡Tú eres la nueva Beatriz y el nuevo Dante es nuestro pueblo!

Ya se tiñen las cimas andinas con la luz soñada... y pronto el sol liberador esparcirá sus rayos hacia todos los horizontes patrios, hacia más allá de los horizontes patrios, en bendiciones de libertad.

Luchamos bajo la inspiración del Libertador y somos sus dignas legiones, nacidas para la libertad y para el bien.

¡Bolívar nos guía, mi heroica camarada!

¡Sigamos al Libertador, hasta triunfar, hoy o mañana!

¡Muchacha sublime de mi tierra, los venezolanos de Bolívar te bendecimos y te veneramos, porque tu mano prendió la mecha de incendio de la justicia inflexible y tremenda!

Laguado Jayme

Habana, 1929.

Madres venezolanas protestan, informan y acusan

Caracas, 3 de diciembre de 1928.

Señor Director de

La Prensa,

Buenos Aires, Rep. Argentina

Señor:

Debido a la estricta censura mantenida por el gobierno del Gral. Juan Vicente Gómez y al círculo de hierro que mantiene a Venezuela alejada de toda corriente de civilización es sólo hoy cuando llegan a nuestras manos vuestros generosos comentarios sobre el llamamiento que a principios de este año lanzamos al mundo pensante americano, delatando los bárbaros procedimientos bajo los cuales perece nuestro noble y desgraciado país. En este momento en que el sufrimiento desnuda el alma de convencionalismos no podemos ocurrir a retóricas para agradecer la nobleza de vuestro gesto y el de las Asociaciones Femeninas que han respondido a nuestro grito. Gracias en nombre de las madres, gracias en nombre de Venezuela, gracias en nombre de la América Latina, a quien estos gestos de noble solidaridad unifican y dan vida. Servíos extender nuestro agradecimiento a toda la prensa americana, a toda asociación, a toda persona que nos haya prestado su apoyo moral, haciéndonos saber que sólo por una casualidad misericordiosa llegan a nuestro poder las noticias del exterior.

Junto con nuestras gracias, os rogamos encarecidamente, en nombre de la verdad y de la justicia, insertar nuestra protesta contra las declaraciones del Sr. Pedro César Dominici, Ministro Plenipotenciario de Venezuela en la República Argentina.

Dice el Sr. Dominici: «En aquellos días (hace

seis meses) fueron puestos en libertad todos los estudiantes, y puedo afirmarle a usted que no hay actualmente ningún estudiante preso...» «Sólo ha habido en Venezuela dos fusilamientos: el del Gral. Matías Salazar, quien se alzó en tiempo del Gral. Guzmán Blanco y fué sometido a un consejo de guerra, y el del Gral. Antonio Paredes, fusilado por orden del Presidente Castro.» Y termina diciendo: «No hay en las cárceles de Venezuela un solo preso político y el 24 de Junio celebróse la fiesta de la Paz, o sea los 25 años de paz inalterable de que disfruta la nación.»

A esto contestamos con hechos tan aterra-doramente elocuentes que no necesitan comen-tarios, y retamos al Dr. Dominici a que como caballero y como Representante Diplomático desmienta uno siquiera de los detalles que damos a continuación:

Sin detenernos a examinar por falta de tiem-po estos 25 años de paz que el Sr. Dominici menciona, nos concretaremos a los aconteci-mientos de este año en los que Gómez se ha excedido a sí mismo en crueldad y barbarie.

Los estudiantes de la Universidad de Cara-cas se atrevieron a enfrentarse al Gral. Juan Vicente Gómez exigiéndole el goce de las ga-rantías que nos otorga nuestra Constitución Nacional. Los escritores a sueldo del Gral. Gómez han declarado en diversas ocasiones que la pretensión de disfrutar de los atribu-tos de la dignidad humana, cuya conquista tanta sangre y sacrificios han costado a la humanidad, es una vana «utopía demagógica». Corroborando con hechos esta afirmación el Gral. Gómez contestó a la exigencia estudian-til con los atropellos siguientes:

Cárceles de Venezuela que el Sr. Domi-nici declara estar vacías.—En las cárceles de Caracas y demás ciudades de la República se hallan prisioneros más de un millar de ciudadanos que no han sido sometidos a la más ligera fórmula de juicio; las declaracio-nes a los cargos misteriosos de que se les acu-sa se les toman en medio de torturas inenarra-bles, entre otros el espantoso *tortol* que lleva el terror a los corazones más intrépidos y cuya aplicación en las cárceles de Gómez retamos al Sr. Dominici a desmentir. Lo retamos también a que como caballero y como hombre honrado diga públicamente si considera el fusilamiento más cruel que esta tortura infamante y vil.

Damos a continuación una lista de los pri-sioneros políticos que en este momento recor-damos:

Sr. Arévalo González, Dr. Páez Pumar, Dr. Víctor M. Julián, Dr. Andrés Eloy Blanco, Sr. Germán Nash, Sr. Elbano Mibelli, Sr. Alberto Winkelman, Sres. Hermanos Corao, Sr. Anto-nio Medina, Dr. Quintero, Dr. Carrillo León, Sr. Ramón Hurtado, Sr. Segnini, Sr. Ramos, Sr. Valderrama, Sr. Pablo Domínguez, Sr. Pas-tor Oyalbes, Br. Jovito Villalba, Br. Silva Tel-loría, Sr. Clemente Leoni, Sr. Rolando Anzola, Dr. Irazabal Pérez, Dr. Arreaza Calatrava, Sr. Oropeza, Sr. Castro, Sr. Pío Tamayo, Gral. Marquez, Gral. C. Castro, Dr. Puncelles, Dr. Sánchez, 4 miembros de la familia Landaeta Ll., Teniente Rafael Barrios, Capitán Alvara-do, Sub-Teniente Agustín Fernández, Teniente Leffman, Teniente Delgado Leffman, Alférez. López Contreras hijo, Capitán Dubone, Sr. Antonio Arraiz, Sr. Osorio, Sr. Félix Ambard, Sr. Enrique París, Sr. Valentín Sánchez, Sr. Eduardo Siblet, Sr. Luis Johnson, Sr. Benitoz, Sr. Alemán, Sr. Díaz, Sr. Fidel Rotondaro, Sr. Miralles, Sr. Rivas Lazo, Sr. Germán Tortosa.

Atropellos en las calles de Caracas.—La policía de Caracas parece tener órdenes de asesinar ciudadanos a discreción. (Hay que recordar que por decretos y leyes de varios años de vigencia el pueblo de Venezuela está absolutamente desarmado.)

La lista de los asesinatos la encabezó el Gral. Rafael María Velasco, Gobernador de Caracas, disparando con su propia mano sobre un grupo de estudiantes que en manifestación cívica, *absolutamente pacífica*, recorría las calles de la capital. El Gral. Velasco hirió a varios ciu-dadanos y mató al Sr. Sanz, empleado de la Compañía de Tranvías Eléctricos de Caracas.

El mismo día un policía asesinó al Sr. Sar-nia, comerciante, quien comentaba con entu-siasmo el valor demostrado por los estudiantes.

Al día siguiente otro policía hirió con *bala explosiva* al Sr. don Andrés Palacio Hernán-dez, anciano venerable, descendiente del Li-berador, por el delito de ser padre de uno de los estudiantes manifestantes. A la hora en que se escriben estas líneas el estado del Sr. Pa-lacios es aún de suma gravedad.

El 1º de Noviembre otro policía disparó so-bre dos jóvenes industriales quienes cometie-ron la generosa imprudencia de comentar elogiosamente, en voz alta, la actitud de nues-tros estudiantes. Uno de los jóvenes fué herido y el otro—Pedro Elías Lamas—quedó muerto en el acto.

Algunos días más tarde el coronel Vivas fué destrozado a balazos por 4 ó 5 de los guar-dias de la *Sagrada*, guardia especial traída últimamente a la capital y que se alojó por varios meses en el Palacio de Justicia.

Hace apenas dos o tres días otro policía hirió gravemente, mortalmente según opinión médica, al chauffeur del Dr. Nicomedes Zuloa-ga, eminente juriconsulto. (El Dr. Zuloaga sufrió dos meses de prisión en la Cárcel Pú-blica de Caracas, de donde fué sacado mori-bundo y devuelto al seno de su familia. Du-rante más de dos semanas se desesperó de salvarlo; afortunadamente hubo una reacción favorable y la ciencia arrebató a la tiranía esta víctima eminente.)

Atropellos a las mujeres.—Durante las manifestaciones estudiantiles, la policía arre-metió a planazo contra las damas caraqueñas que acompañaban a sus hijos, hermanos y prometidos. La fuerza pública fué enviada a los templos a impedirnos por la fuerza que eleváramos al Altísimo nuestras plegarias pi-diendo protección para nuestros estudiantes. El rigor se extremó contra las familias Segovia, Jiménez Arraiz, Gil y Leffman, quienes fueron hechas prisioneras en sus respectivos hogares, manteniéndolas incomunicadas por más de un mes. La familia Leffman fué terri-blemente atropellada. El Jefe Civil de la Pa-rrroquia de La Pastora, Coronel Cadenas, llegó a golpear bárbaramente a la Srta. Aurora Leffman, joven de quince años y a conducirla a empujones, entre 8 ó 10 polizontes, al Mani-comio de la ciudad, sin que las súplicas de una madre paralítica le moviesen a piedad. El atropello fué tan salvaje, que el propio Prefecto de Caracas, Coronel Elías Sayago, se trasladó en persona al Manicomio y resti-tuyó a su hogar las desgraciadas jóvenes.

Ahora bien, tanto el Gral. Rafael María Ve-lasco, como el Cnel. Cadenas y todos los guar-dias y policías asesinos continúan en libertad y en ejercicios de sus funciones, lo que hace presumir que hayan actuado siguiendo órdenes

superiores o, lo que es peor, que la fuerza ar-mada no tiene control en Venezuela.

Deportación de los estudiantes.—Pero lo que excede toda ponderación es el atropello últimamente cometido contra los Estudiantes de la Universidad de Caracas. 200 de nuestros estudiantes han sido deportados a trabajar forzosamente en la construcción de carreteras a un lugar llamado *Las Colonias* situado a 80 kilómetros de la capital. Esta deportación fué expresamente confesada por el Gral. Juan Vicente Gómez, Presidente de los E. U. de Venezuela, en una entrevista concedida a *El Nuevo Diario* y publicada por éste en reciente edición. En ella asiente textualmente el Pre-sidente que ha castigado a los estudiantes porque *quieren ser políticos*. Bastan estas pa-labras para pintar al hombre y al régimen! Para el Gral. Gómez sólo hay dos clases de políticos: conspiradores y opresores. La políti-ca como ciencia, la política para engrandecer y mejorar la patria no llega siquiera a con-cebirse en este sombrío cacicazgo que nos des-honra.

Ahora bien, el Gral. Gómez, que se titula Presidente Constitucional de Venezuela y que en todos sus mensajes asiente haber dado al país el goce de todas las garantías constitu-cionales, no dice en esta entrevista qué ley le autoriza para castigar con deportación y trabajos forzados a niños culpables del crimen de querer ser políticos, que el gobierno de Venezuela parece considerar como más pun-ble que el asesinato.

Hay algo más: en el momento en que escri-bimos este mal pergeñado resumen de la si-tuación actual venezolana, los hogares de Caracas resuenan con los lamentos de las madres, hermanas y prometidas de nuestros estudiantes. El primer lugar de deportación, *Las Colonias*, aunque desierto y sin ningún adelanto higiénico, es relativamente sano. Esto pareció elemento en exceso al Gral. Gómez. Hace 3 días 16 de estos universitarios, cuyos nombres damos a continuación, han sido tras-ladados a Palenque en el centro de los llanos, región infernal donde el paludismo da diaria-mente a la muerte su cosecha de víctimas.

Esto no es fusilamiento. Gómez y el Sr. Dominici podrán seguir declarando que el actual gobierno de Venezuela no ha *fusilado* a nadie. Esto significa una sentencia de muerte a plazo de uno o dos meses, si el organismo de los muchachos deportados es de una resis-tencia excepcional.

Los estudiantes enviados a Palenque son: Inocente Palacios, Himiob, Clemente Parpacen, Guillermo López, Luis Villalba, Pedro A. Ju-liac, Juan G. Yamez, Luis F. Vegas, Enrique García Maldonado, Celis Saune, Sánchez Pa-checo, Chirinos Larez, Ricardo Razetti, José A. Marturet, Anzola Carrillo, Paco Stelling.

Señor Director, si no hemos vacilado en en-trar en los tristes detalles que anteceden es porque estamos convencidas de que sólo la ignorancia de la situación real, sólo el enga-ño tejido por escritores a sueldo y ministros traficantes, es lo que permite que la América libre mantenga relaciones de amistad con el oscuro cacicazgo que ha convertido la Patria de Bolívar en una fortaleza medioeval, donde, guardando la distancia entre aquella civiliza-ción y esta barbarie, se reproducen en trágica caricatura los dramas del Imperio Bizantino.

Porque sean cuales fuesen las reglas del derecho internacional no puede haber ninguna que anule y haga palabrería hueca el sagrado

derecho humano, de defender la justicia, de hacerse campeón de la idea contra la fuerza bruta; no, consideración de ningún orden puede impedir a la América ejercer el glorioso derecho de hacer del continente la tierra del mañana donde las mentiras y convencionalismos diplomáticos dejen campo libre a la verdadera voz de los pueblos en su marcha penosa o fácil hacia su desenvolvimiento integral.

No puede haber, señor, no puede haber consideración alguna que obligue a un hombre nacido de mujer a ensordecer su conciencia al grito desesperado de unas madres que claman justicia ante la América y que piden solemnemente que la sangre de sus hijos inocentes y heroicos caiga sobre la frente del tirano, Gral. Juan Vicente Gómez, y lo señale a la indignación mundial.

Hace pocos años el mundo se estremeció ante el martirio de los niños armenios. Los nuestros son también hijos de Cristo, y recordad, señor, y haced recordar a la América, que nuestros hijos han sido amasados por el mismo barro indo-hispano de los vuestros y que perecen por el delito de estar animados del fuego sagrado de que están animados los vuestros, la juventud feliz que en las Universidades libres de América abre gozosa los surcos del porvenir.

Antes de terminar, señor, una excusa por el anónimo obligado de este comunicado. Dispuestas a todos los sacrificios, no nos creemos, sin embargo, con derecho a hacer recaer sobre la cabeza de nuestros hijos desgraciados la recrudescida venganza de nuestros gobernantes. Pero apelamos a vuestro buen sentido, a vuestro conocimiento del corazón humano. No es fácil falsificar la voz de la verdad, ni hay habilidad literaria que pudiese imprimir a estas pobres palabras nuestras la honrada veracidad con que salen de nuestros corazones sangrantes, corazones de madres que han hecho a la Patria la suprema ofrenda.

Las mujeres de Venezuela

P. S.—Es posible que el Sr. Pedro César Dominici arguya que hasta la fecha de su comunicado el gobierno del Gral. Juan Vicente Gómez había demostrado la clemencia que él pregona.

A esto contestamos: ¿está el Sr. Dominici tan distanciado de su patria y de su época que ignora los asesinatos cometidos en las cárceles de Venezuela de ciudadanos cuyos crímenes no están registrados en ningún tribunal, en ninguna corte de la República? Citando solo a los más conocidos y escapando a nuestros pobres medios la gran mayoría del «mártir desconocido» podemos mencionar los siguientes ciudadanos, muertos de hambre, envenenados o en medio de tormentos tan crueles que como regla invariable de nuestras penitenciarías los grillos sólo se quitan a los prisioneros a las 24 horas de muertos.

Cnel. Sequera Mujica, Cnel. Tomás Pérez Alcántara, Francisco de Paula Ochoa, Cdo. Pablo Báez, Cdo. Francisco Brece, Cdo. Ramón Figueroa, Cdo. Felipe Gil, Cdo. Regino Barreto, Cdo. Genaro Soto, Capitán J. M. Molina Tremaria, Cnel. Ramón Peña, Cdo. Julio César Campos, Cdo. Julio Saavedra, Cdo. Francisco Bellorin Romero, Cdo. Adón Gafaro, Cdo. Pedro Bastardo, Cdo. Celestino Estanga, Cdo. M. Silva Gómez, Cdo. Claro Juan Campos, Cdo. Lorenzo Ose, Cdo. C. García Caraballo, Cdo. Eloy Escobar, Gral. Pablo Giuseppe Monagas, Prbo. Dr. Regulo Franklin, Prbo. Tomás Monteverde, Prbo. Mendoza, Prbo. Dr. Evaristo Ramírez, Gral. Aureliano Robles, Gral. Jesús Flores, Capitán Pedro Hernández, Cdo. Ramón Portillo, Cdo. Eliseo López, Gral. J. M. Franco, Cdo. Emilio Merchán, Cdo. Ramón Isidro Rendón, Cdo. Enrique Mejías, Sub-teniente Domingo Mujica, Sub-teniente Luis Aranguren, Sub-teniente Víctor M. Caricots, Teniente Jorge Ramírez, Te-

niente Aníbal Molina, Sub-teniente José Agustín Badaraco, Sub-teniente Cristóbal Parra Entrena, Cdo. Roberto González, Dr. Francisco Domínguez Acosta, Cdo. Adolfo Mejías, Teniente Julio Hernández, Capitán Manuel Olivares, Cnel. Américo Espinetti, Dr. Pedro Manuel Ruiz, Cdo. Juan Bautista García, Dr. Angel Carnevali Monreal.

Ignoraba también el Sr. Dominici, que durante largos años desempeñó la presidencia constitucional del Estado de Táchira el Gral. Eustaquio Gómez, primo del Gral. Juan Vicente Gómez y asesino del Gobernador de Caracas, Gral. Matailla, por cuyo crimen fué llevado en tiempo del Presidente Castro ante los tribunales de la República y condenado a presidio? ¿Ignoraba el Sr. Dominici que lejos de cumplirse esta sentencia se dió al Gral. Eustaquio Gómez amplia libertad para seguir asesinando en el Estado de su mando? ¿Ignoraba nuestro representante en la República

Argentina que este presidiario ejerce en la actualidad la Jefatura de hecho de la ciudad de Caracas?

Ignora el señor Dominici que el Presidente Gral. Juan Vicente Gómez concedió el cargo de Jefe de las Armas en Río Negro al Gral. Funez, a raíz de éste haberse alzado contra las autoridades del lugar y asesinado a 60 de sus moradores. (Entre los asesinados por Funez recordamos: el Gral. Pulido, el señor Antonio Espinoza, el señor Vicente Espinoza, el señor Juan Bautista Espinoza, el señor Federico Espinoza (enterrado vivo), señor José Miguel Soubllette, señor Jesús Capechi y señora Pulido quien se hallaba en cinta.

Y repetimos una y otra vez: retamos al señor Dominici o a cualquiera de los Ministros de Gómez a desmentirnos o a atenuar las acusaciones que hoy lanzamos y cuya veracidad juramos sobre la cabeza de nuestros hijos.

Desde la ventanilla

Libertad para estos países!

EN el Senado norteamericano suele haber a menudo incursiones del buen humor. Lo imaginamos llegar de pronto con esa inquietud de la ardilla y subir a anidarse sobre el hombro de un senador. Y como tiene al alcance el oído del representante, le suelta sus gracejadas que contagian. El senador habla en serio, sin persuadirse de que un engañador está sopla que sopla una plática que él repite muchas veces enardecido. Tal pensamos que le ha ocurrido al senador Dill, cuando recordando que gentes de su propia sangre quedan sepultadas en el despenadero que Sandino les ha colocado en Nicaragua, o regresan a la poderosa Nación hechas una ruina por la malaria, ha pedido que se prohíba el uso de fondos del tesoro federal en el sostenimiento de marinos en Nicaragua. Lo que habrán reído los demás senadores con el buen humor de Mr. Dill. Lo que se habrá arrepentido Mr. Dill al volver a su juicio, pasada la sesión que echó por tierra su jocosa moción.

Nosotros también reímos con los compañeros del senador humorista. Nicaragua es una presa que los Estados Unidos retienen con ánimo de que no se escape nunca. Eso de decir a Washington que se avecinan peligros y que deje en libertad a su cautiva, nos hace la impresión del gallo engañando al zorro en la fábula de Samaniego. Sólo que de esta vez el volátil no da su consejo para recobrar su libertad, sino para maldecir a quienes tratan de alejar de su cuerpo las mandíbulas que lo aprietan. Y como Nicaragua, Haití, Santo Domingo, Filipinas...

Libertad para esos países! Como si al quitárselas lo hubieran hecho por un principio humanitario.

Es claro que llegan siempre poseídos de un espíritu de protección, pero una vez llegados, permanecen por espíritu de conquista. Tenemos delante de nosotros el editorial que un periódico norteamericano intitula *Huyendo de la Independencia*. ¿Quién huye de la independencia? ¿Por quién huye de la independencia?

Son las Filipinas. Ahora hacen de gallo en la boca del zorro y aconsejan: «Gritales: este gallo es mío y nada tenéis

vosotros que ver». De Manila, comenta el editorialista, llegan noticias revelantes de una situación que es luminosa por lo «paradójica e irónica». Y la paradoja y la ironía están en que «la posibilidad—una posibilidad imaginaria—de que se les eche encima la independencia» ha producido una «conmoción de pánico» en todo el archipiélago filipino. Cuánto han venido hablando, cuánto clamor de los «políticos nativos», cuánta disposición estampada por la Legislatura filipina en demanda de la independencia! Y ha bastado tan sólo una plática inofensiva en Washington acerca de la posibilidad de limitar la importación de azúcar filipino a los Estados Unidos, para reventar en lo profundo, como cosa pestilencial, el anhelo de independencia. ¡Qué mal más engañoso ese de la independencia! Ahora los filipinos comprenden qué significa «ruina política y económica».

Porque toda la prosperidad de las Filipinas le entra por esa especie de cordón umbilical que la subordinación a los Estados Unidos le transmiten. Y repetimos con el editorialista norteamericano. «¿Vale la pena trocar prosperidad por independencia?» (*Is it worth while bartering prosperity for independence?*) No, claro está que no vale la pena (*it is not worth while*). Preferible es que esa «posibilidad imaginaria» desaparezca y el archipiélago se pacifique. El criollo Manuel Quezon, para conjurar la hecatombe, ha dicho a los quezonistas que debe ya comenzarse a pensar en «el futuro del archipiélago económicamente más bien que emocionalmente, en términos de seguridad y progreso más bien que en términos de mera teoría política». Quezon es desde ahora aliado del norteamericano, que da prosperidad y civiliza. Los Estados Unidos han llenado de privilegios a los productores filipinos y no va a pedirseles que los dejen retener esos privilegios, exigiéndoles «independencia inmediata e incondicional». O baja el nivel de las exigencias de independencia para que suba el de las concesiones económicas, colmando de prosperidad material, o sube el de aquellas para que la ruina se tienda sobre los campos filipinos. Todas estas reflexiones han

pasado por los atormentados espíritus de los filipinos y el editorialista norteamericano proclama resueltamente que en una reunión especial de la Legislatura, el señor Quezon introducirá un acuerdo «declarando terminada la agitación por la independencia».

Fantasías o realidades del norteamericano que editorializa, es lo cierto que a Filipinas le ha tocado hacer de gallo consejero del zorro. «Gritales, este gallo es mío, nada tenéis vosotros que hacer», oímos decir al criollo Quezon. Y como Quezon son todos los criollos convertidos a la misión civilizadora del imperialismo. No dan consejo para dejar que las alas de su patria vuelen hacia la

libertad, sino para hacer perenne la esclavitud. Proclaman como único bien de la patria la prosperidad económica y olvidan toda dignidad para hacerlo. Esto es lo que echa sobre los países esclavizados el desprecio del conquistador.

El buen humor del senador Dill espantando marinos de Nicaragua! Allí está el criollo filipino completando ese humor. Allí está el editorialista proclamando que «no desean hacer el ensayo de cargar con una soberanía que responda de sus actos».

Riamos del buen humor que suele hacer sus incursiones por el Senado Norteamericano.

Los Pasajeros

San José. Febrero. 1929.

La enseñanza y la rigurosidad de las Matemáticas

On a fait en sorte d'élargir ces attentions scrupuleuses qui vont jusqu'à démontrer des axiomes, et qui, à force de supposer le lecteur inepte, conduisent enfin à le rendre tel.

Bezout.

ENTIENDO que las Matemáticas son la ciencia de la rigurosidad; entiendo que quien se fíe de la intuición y se ría de quienes han pretendido demostrar que «el camino más corto entre dos puntos es la línea recta» no debe pensar en salir bien si se interna en el campo de la Ciencia de la Cantidad, porque en cualquiera oportunidad pregonará como verdades errores funestos en el encadenamiento de la ciencia. Y, entonces, ¿qué hacer para dar a comprender a nuestros jóvenes de hoy que, ante todo, deben ser desconfiados, dudar de todo lo que no parece ajustarse a la razón mientras no se demuestre su evidencia, no aceptar el *magister dixit* ni nada que sea autoritario en el campo de las Ciencias Exactas? Simplemente hacérselos ver de una manera casi dogmática porque así lo han dicho millares de hombres y lo han repetido desde los tiempos de Euclides a hoy los más grandes genios matemáticos y filosóficos de todos los pueblos y en todas las épocas. Y—me diréis—¿por qué no convencer de esto al estudiante por la Ciencia misma? Porque ello entraña un grave peligro pedagógico, peligro que es la causa de la ignorancia y la indiferencia casi generales que existen hoy por la Ciencia de los Números y de las Figuras; y entraña un grave peligro porque se hace a los ojos del estudiante de la bella Ciencia, la Ciencia pedante que trata de demostrar hasta las verdades más triviales, más claras, más lógicas, las casi axiomáticas. Y si nó, ¿quién ha dudado⁽¹⁾ de que «por un punto de una recta se puede levantar una perpendicular a dicha recta y solamente a una»? ¿Quién no cree que «dos líneas perpendiculares a una tercera

son perpendiculares entre sí»? ¿Quién puede pensar que no sea cierto que «los ángulos opuestos por el vértice son iguales»? ¿Quién se atreve a negar la evidencia de que «dos triángulos que tienen sus tres lados respectivamente iguales son congruentes»? Y, por ese tenor, ¿quién podría dudar de un montón de verdades matemáticas de difícil demostración muchas veces, pero fáciles de aceptar como tales, de una manera intuitiva? Ahora nos contradecimos, nos acogemos a la intuición, madre de bastantes errores, dirá el curioso lector? No, pero condenamos desde el punto de vista pedagógico el rigorismo matemático llevado al extremo.

Todo parece confabularse contra la pobre víctima: el estudiante; el muchacho llega al Colegio; se le dice lo que son ángulos agudos, rectos, obtusos, extendidos, cóncavos, convexos, completos, complementarios, suplementarios, conjugados, adyacentes, opuestos por el vértice, y yo que sé cuántos nombracos más; entiendo, sin embargo, y de ello me alegro, que la práctica se va desterrando, pero nuestro conservatismo pedagógico, que tiene bastantes, aunque herrumbrosos defensores, nos hace dejar aún algo de eso; en una palabra se abusa de los tecnicismos, y sin ventaja especial, pues en la práctica realmente de nada sirven esas palabrotas, que casi nunca quiso usar el distinguido profesor e ingeniero don Daniel González Víquez⁽²⁾, uno de los pocos dotados del don de la enseñanza de las Matemáticas, en esta desventurada tierra nuestra. ¿Y en la teoría? Allí sí; ¿pero cuándo? Cuando hay en el estudiante síntomas de genio, levadura de los Newtons o de los Pascals, raros por desgracia en nuestros planteles de Enseñanza Secundaria; entonces sí, porque en los textos, como es lógico pensarlo, sólo conociendo bien el lenguaje técnico se deriva el provecho ape-

tecido, pero ello sólo incumbe a los buenos alumnos quienes, de seguro, paralelamente a las lecciones del Profesor en el Colegio, estudiarán en el texto ampliando así sus conocimientos. Sin embargo, soy del parecer de que deben darse algunos nombres técnicos en el Colegio, pero no destinar horas lectivas única y exclusivamente a ello, como parece ocurrir en alguno o algunos de los planteles nacionales, a juzgar por los respectivos cuadernos de los alumnos, sino incidentalmente, cuando parezca conveniente darlos a conocer, y distribuyendo la enseñanza de ellos en todo el curso lectivo para no hacer fastidiosísimo su cuasi inútil aprendizaje.

Creemos, y no vacilamos en afirmarlo, que ese rigorismo es perjudicial a la enseñanza porque fastidia y hace antipáticas las Matemáticas, ya que las mentes más nuevas son las que reciben esa serie de conocimientos, que aunque de importancia capital en el encadenamiento de las verdades, son, vistos aisladamente, áridos, feos, pesados. Y por otra parte, el joven del Colegio fué ayer niño de Hogar y de Escuela, y en el Hogar y en la Escuela, si aprendieron algo, fué, las más de las veces, porque sí, porque lo dijo el maestro, no porque su mente, mediante un razonamiento verdadero, se convenció de ello, de la veracidad de un procedimiento, de una regla, de una fórmula. Y eso que el niño aprendió en la Escuela y en el Hogar fué sencillamente esta, para él, gran verdad: que las Matemáticas no son ciencia de raciocinio, sino ciencia de observación y de experimentación, y estos prejuicios adquiridos por la niñez en la Escuela Primaria, no se destruyen muchas veces durante una vida entera.

Es por todas esas razones que pensamos: 1.—Que no debe abusarse de los tecnicismos, y 2.—Que debe prescindirse de las demostraciones de las verdades, que la experiencia, la intuición y la razón, señalan *a priori* como evidentes, y aun de muchos enunciados que deben hacerse, no aislada, sino incidentalmente, cuando sea necesario en el curso de la enseñanza.

En bien de los estudiantes escribimos estas líneas, porque muchos de ellos, apenas iniciadas las labores del Colegio, sienten el odio por la, según una gran mayoría de víctimas, fea ciencia de las Matemáticas; y ese odio es explicable y es lógico, como corolario de los males que venimos apuntando, toda vez que en el Primer Año de Humanidades, por ejemplo, se pierde un tiempo precioso en hacer aprender definiciones y en escribirlas, definiciones que encontramos en cualquier texto de Matemáticas, y esas definiciones no entrañan ninguna belleza en esa edad, belleza que atraiga la atención y cariño del estudiante, sino por el contrario, el odio por la bella y necesaria Ciencia; prueba de mi aserto, los cuadernos de los alumnos de los primeros años de casi todos los Colegios del país y quizá de no pocos extranjeros también.

Vital Murillo

Santo Domingo, Enero de 1929.

(1) En verdad los más grandes genios matemático-filosóficos como Riemann, Lobatschewsky, Saccheri, etc., han puesto en duda los fundamentos de la Geometría Euclidiana para crear unas Geometrias llamadas no Euclidianas, de las cuales aquella no es sino un simple caso particular sin destruir ni negar su valor práctico, pero parece que todas esas concepciones descansan en los mismos principios basados en otra forma de definir o de interpretar las definiciones de línea recta, plano, etc. Sin embargo, el lector disimule la afirmación y siga leyendo sin protestar.

(2) El señor González Víquez, cuyas lecciones tuvimos la suerte de escuchar durante algunos años en la Escuela Normal de Costa Rica, donde ocupó por algún tiempo la Cátedra de Matemáticas, es a juicio de los alumnos que tuviera en aquella época, el profesor que con más gracia enseñó esa Ciencia, opinión que tiene todo el peso de la crítica, ya que nadie puede juzgar mejor a su profesor que quien oye sus lecciones, y participamos de esa misma opinión.

Noticia de libros

La producción literaria de México y su bibliografía

Las *Monografías Bibliográficas Mexicanas*, colección dirigida por el Jefe de nuestra Cancillería, D. Genaro Estrada, han dado a luz dos tomos: el *Catálogo de la Colección de Manuscritos de Joaquín García Icazbalceta, relativos a la Historia de México*, cuyo inmenso valor aprecian todos los entendidos en historia americana, y el *Índice de Documentos de Nueva España existentes en el Archivo de Indias de Sevilla*, que nos da el fondo de la documentación española sobre el Virreinato. Faltaría completarlo con lo que haya en Simancas, y con los documentos extravagantes que andan dispersos por los archivos de Madrid, provincias, y los eclesiásticos, pero en Sevilla está lo principal.

—El *Archivo Histórico Diplomático Mexicano*—también publicación de la Secretaría de Relaciones Exteriores, dirigida por el señor Estrada,—cuenta con tres volúmenes más: *La insubsistencia de una Convención de Reclamaciones* (con España, 1853), colección formada por el benemérito de la archivología Antonio de la Peña y Reyes, por desgracia recientemente fallecido; *Don Juan Prim y su labor diplomática en México*, con un buen prólogo de Estrada; *Las relaciones entre México y el Vaticano*, donde Joaquín Ramírez Cabañas recopila un material inédito que abarca más de un cuarto de siglo y llega hasta la separación de la Iglesia y el Estado en México, a mediados del siglo XIX.

—Por relacionarse con el anterior volumen, y para ilustración de los que prefieren juzgar después de enterarse, me complazco en citar estos tres volúmenes, también recientes: J. Pérez Iugo, *La cuestión religiosa en México*; Alfonso Toro, *La Iglesia y el Estado en México*; y Luis C. Balderrama, *El Clero y el Gobierno de México*, 2 volúmenes.

—Quien desee conocer las otras cuestiones palpitantes de la política mexicana deberá leer: Fernando González Roa, *Las cuestiones fundamentales de actualidad en México*. (Cuestión del petróleo y cuestión agraria.)

—En las *Publicaciones de la Secretaría de Hacienda* las excelentes monografías artísticas sobre las *Iglesias Mexicanas* alcanzan ya el volumen VI (1525-1925). Este tomo lleva fotografías y dibujos del Dr. Atl, quien también continúa sus estudios sobre los siglos XVIII y XIX, mientras la *Arquitectura Religiosa en la Nueva España durante el siglo XVI*, queda a cargo del autorizado Manuel Toussaint, y escribe sobre el siglo XVII unas páginas precisas J. R. Benítez. Esta colección es ya universalmente conocida.

—*Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública*, Morelos tomo III, *Documentos inéditos y poco conocidos* que reforman nuestra visión de la guerra de Independencia.

—La *Sociedad de Bibliófilos Mexicanos* ha publicado sus dos primeros tomos: Bernardo de Balbuena, *Grandeza Mexicana*, reproducción facsimilar de la edición princeps de 1604, y Juan Fran-

cisco Gemelli Carreri, *Viaje a la Nueva España*, traducción póstuma del sabio J. M. de Agreda y Sánchez, doctor en «incunables mexicanos». Es un cuadro de Nueva España a fines del siglo XVII. Esta erudita colección compite con las mejores de Europa, y será con el tiempo indispensable para el americanista.

—José Juan Tablada, *Historia del Arte en México*, obra de popularización que va desde el arte precortesiano hasta nuestros días y donde se apuntan ideas interesantes.

—José Juan Tablada, *Feria*, un libro de versos que, aunque impresos en Nueva York, no podían ser más mexicanos. El poeta Tablada, uno de los maestros de la juventud, no necesita ser presentado en la Argentina.

—*Antología de la Poesía Mexicana Moderna*, de Jorge Cuesta, obra del grupo *Contemporáneos*, el más serio y congruente de México.

—Jaime Torres Bodet, siempre alerta, ha dado tres libros, además de su constante colaboración en periódicos y revistas de México, y de todas partes: *Contemporáneos*, crítica americana y española, con alguna incursión en el campo de otra lengua; *Margarita de Niebla*, novela que señala una época en nuestra historia literaria; finalmente, como resultado de una conferencia en La Habana, una *Perspectiva de la Literatura Mexicana Actual* (1915-1928) que establece los puntos de vista de su pléyade.

—Manuel Gómez Morín, una de las mejores inteligencias del México nuevo y, más que un puro literato, un escritor de asuntos sociales, ha dado sus rápidas impresiones sobre la *España Fiel* y un libro sobre *El Crédito Agrícola en México*, ambos excelentes.

—Manuel Toussaint, en la *Colección de Clásicos Mexicanos*, unas *Obras escogidas de Sor Juana Inés de la Cruz*, con un prólogo difícil de mejorar. Sobre el mismo asunto trabaja, desde la revista *Contemporáneos*, el escritor Emilio Abreu Gómez, quien va haciendo una labor de depuración y de amor.

—Martín Luis Guzmán, *El Águila y*

la Serpiente, recuerdos de un testigo de la revolución, publicados en Madrid, donde se revela la fuerte personalidad literaria de este viejo camarada mío a quien creo que yo decidí escribir, aunque nunca pude persuadirlo a que se alejase un poco de la política. Hay aquí páginas dignas de Dostoyevski.

—Carlos Díaz Dufío, *Epigramas*, publicado en París, libro de rara afinación, muy injustamente tratado en cierta reseña que publicó por ahí mi amigo Guillermo de Torre, quien algún día rectificará seguramente, con su habitual nobleza, un inexplicable raptó de mal humor.

—Genaro Estrada, *Episodios de la Diplomacia en México*; reúne sus monografías publicadas en los tomos de la colección diplomática que dirige: Prim, el primer diplomático de la Independencia, la misión de Carpancho, el diario de un escribiente de Legación.

—Genaro Estrada, prosista, historiógrafo de ley, autor de libros que son como el *Gaspar de la Noche* y el *Antonio Azorín* mexicanos, acaba de revelarse como excelente poeta en su libro *Crucero*, tan primorosamente impreso como todo lo que pasa por las manos de este maestro de la imprenta. Admirase la múltiple y generosa labor del hombre que tiene a su cargo el grave despacho de las relaciones exteriores.

—Xavier Icaza, *Panchito Chapopote*, fantástica narración; y a la vez muy real, donde hay más sabor mexicano que en cuanto dió el siglo XIX. Una técnica más nueva que la de Mariano Azuela, en *Los de Abajo*, y menos dolor por lo mismo que hay más alto sentido estético, mayor juego de ideas y luces.

—Eduardo Villaseñor, *Extasis*, caprichosa e interesante «novela de aventuras» (como él la llama), en que este joven escritor lleno de facetas, parece despedirse de la literatura, puesto que ahora asegura que desea consagrarse a estudios económicos, plegándose al sentir de nuestro Ministro de Hacienda, el Sr. Montes de Oca (otro intelectual), quien aconseja que todos los mexicanos se vuelvan un poco economistas.

—Salvador Novo, *Return Ticket*, viaje a Honolulu. Una de las mejores plumas de México. Temperamento decididamente literario.

QUIEN HABLA DE LA

Cervecería TRAUBE

se refiere a una empresa en su género, singular en Costa Rica. Su larga experiencia la coloca al nivel de las fábricas análogas más adelantadas del mundo.

Posee una planta completa: más de cuatro manzanas ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO
Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES

CERVEZAS	FABRICA:	SIROPES
ESTRELLA, LAGER, SELECTA, DOBLE, PILSENER Y SENCILLA.	KOLA, ZARZA, LIMONADA, NARANJADA, GINGER-ALE, CREMA, GRANADINA, KOLA, CHAN, FRESA, DURAZNO Y PERA.	GOMA, LIMÓN, NARANJA, DURAZNO, MENTA, FRAMBUESA, ETC.

Prepara también agua gaseosa de superiores condiciones digestivas
Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA

SAN JOSÉ — COSTA RICA

—Xavier Villaurrutia, *Dama de Corazones*. Hay que retener el nombre de este querido muchacho, que nació perfecto y espero que haga grandes cosas.

—Alfonso Junco, *Fisonomías*, libro de crítica publicado en Buenos Aires (Virtus) por un joven poeta y escritor conservador que vive aparte del ambiente de la nueva literatura, lo que le lleva a tocar temas intactos aun en México.

—Gilberto Owen, *Novela como Nube*, libro verdaderamente delicioso, donde cada palabra es una sorpresa y cada página tiene aciertos. Él con Bodet, Icaza, Villaurrutia, González Rojo, Novo, etc., es de lo mejor que hay en nuestra nueva literatura.

Tengo que terminar algún día. Si de algo me olvido, no es de propósito.

Alfonso Reyes

Buenos Aires, Rep. Argentina.

Bibliografía colombiana

Nómina de cien Autores afamados

Ancizar, Manuel.—Peregrinación de Alfa.

Arboleda, Gustavo.—Historia.

Arboleda, Julio.—Poesía.

Arrubla-Henao.—Historia.

Becerra, Ricardo.—General Francisco Miranda.

Botero Saldarriaga.—Biografía de Córdoba.

Caicedo Rojas. Don Alvaro (Novela).

Caldas, Francisco José.—Semanario. Estudios científicos.

Calderón, Clímaco.—Hacienda pública.

Camacho Roldán.—Viajes.

Cordovez Moure.—Reminiscencias.

Carrasquilla, Rafael.—Sermones.

Carrasquilla, Tomás.—Novelas.

Caro, José E.—Poesías.

Caro, Miguel A.—Traducciones. Estudios gramaticales.

Castellanos, Juan de.—Elegías de varones ilustres.

Castillo, La Madre Francisca del.—El libro de los afectos.

Castillo, Eduardo.—Poesía. Crítica.

Cornelio Hispano.—Historia. Viajes.

Cortés, Lee.—Sermones.

Cortés, Santiago.—Flora colombiana.

Cuervo Márquez, Carlos.—Etnografía y viajes.

Cuervo, Angel.—Historia.

Cuervo, Rufino J.—Estudios gramaticales.

Díaz, Eugenio.—La Manuela (Novela).

Eastman, Tomás.—Estudios de fonética.

Efe Gómez.—Cuentos.

Fallon, Diego.—Poesía.

Flores, Julio.—Poesía.

Garavito, Julio.—Ensayos (matemáticas, sociología).

Gómez Restrepo, Antonio.—Literatura colombiana.

Grillo, Maximiliano.—Emociones de la guerra. Ensayos.

Gutiérrez González.—Poesía.

Holguín, Carlos.—Cartas políticas.

Ibáñez, Pedro M.—Crónicas de Bogotá.

Isaacs, Jorge.—La María (Novela). Poesía.

Jaramillo, Esteban.—Hacienda pública.

Jiménez López, Miguel.—Los problemas de la raza.

DR. HERDOCIA

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta

Horas de oficina:

**10 a 12 de la mañana
y de 2 a 5 de la tarde**

Confíguo al Teatro Variedades

Liévano, Indalecio.—Estudios matemáticos.

Londoño, Víctor M.—Poesía.

López, Luis C.—Poesía.

López, Alejandro.—El trabajo.

López de Mesa, Luis.—La civilización contemporánea.

Lleras Codazzi, Ricardo.—Estudios de geología y mineralogía.

Mancini, Julio.—Bolívar.

Marroquín, José Manuel.—Novelas. Fábulas.

Marroquín, Lorenzo.—Pax (Novela).

Martínez Santamaría.—Parasitología.

Martínez Silva, Carlos.—Estudios políticos.

Maya, Rafael.—Poesía.

Montoya y Flórez.—Parasitología. Historia de la lepra en Colombia.

Mutis, José Celestino.—Ciencias naturales.

Nieto Caballero, Luis E.—Libros colombianos.

Núñez, Rafael.—Sociología política.

Ortiz, José Joaquín.—Poesía.

Ospina, Eduardo.—El romanticismo.

Ospina, Tulio.—Reseña geológica de Colombia.

Palacio, Eustaquio.—El alférez real (Novela).

Pérez, Santiago.—Discursos.

Pérez Arbeláez, Enrique.—Biología moderna (en colaboración).

Pérez Triana.—Viajes.

Pizano, Roberto.—Vida del pintor Vázquez.

Pombo, Rafael.—Poesía.

Pombo, Lino de.—Vida de Caldas.

Posada Eduardo.—Historia.

Posada Gutiérrez.—Memorias.

Rendón, Francisco.—Novelas.

Restrepo, Antonio J.—Cancionero antioqueño.

Restrepo, José Manuel.—Historia de Colombia.

Restrepo Hernández, Julián.—Derecho internacional privado.

Restrepo Jaramillo, José.—Cuentos.

Restrepo Tirado.—Descubrimiento y conquista de Colombia.

Rivera, José E.—La Vorágine (Novela).

Rivera y Garrido.—Impresiones y recuerdos.

Rivas, Raimundo.—Historia. Biografías. Genealogías.

Robledo, Emilio.—Geografía médica de Caldas.

Rojas, Ezequiel.—Ensayos.

Rueda Vargas, Tomás.—La sabana de Bogotá.

Rodríguez, Fresle.—El Carnero (Memorias).

Samper, José María.—Política. Historia.

Samper, Miguel.—Estudios económicos.

Samper Ortega, Daniel.—Reseña del movimiento artístico e intelectual de Colombia.

Sanín Cano, Baldomero.—Ensayos.

Santander, Francisco de P.—Archivo (Historia).

Silva, José Asunción.—Poesía.

Solano, Armando.—Glosario sencillo. Ensayos.

Suárez, Marco Fidel.—Sueños de Luciano Pulgar. Estudios gramaticales.

Torres Umaña, Calixto.—Estudios de fisiología y de pediatría.

Torres, Carlos Arturo.—Idola Fori (Ensayos).

Triana, José Jerónimo.—Prodromos florae neogranatensis.

Triana, Miguel.—Civilización chibcha.

Uribe, Angel Manuel.—Geografía e historia.

Uribe, Antonio José.—Derecho civil. Reforma administrativa. Política instruccional.

Uribe, Joaquín Antonio.—Cuadros de la naturaleza.

Uribe, Juan de Dios.—Sobre el yunque.

Valencia, Guillermo.—Poesías. Panegíricos.

Velásquez, Samuel.—Madre (Novela).

Vélez, Fernando.—Comentarios al derecho civil.

Vergara y Vergara.—Historia de la literatura colombiana. Artículos.

Zerda, Liborio.—El Dorado (Historia).

El grupo de *Cultura* ha elaborado esta lista de autores nacionales para presentarla en la sección correspondiente de la exposición de Sevilla y con ella contestar a varias encuestas que sobre bibliografía colombiana le han hecho algunos escritores extranjeros.

Al publicarla en *Universidad* nos proponemos someterla al juicio correctivo de las personas ilustradas que se interesen por estos estudios.

En ella hemos dejado conscientemente algunos errores de aproximación, como es el caso del señor Mutis, cuyo nombre más representa una labor y un grupo de trabajadores que una obra, y el de algunos profesores cuya influencia mejor establece el valor de una personalidad que no el acierto de un libro impreso.

Los nombres que han quedado fuera de esta lista no desmerecen en nuestro ánimo con la omisión, pues a ella nos determinaron la ineludible limitación numérica y la obligante variedad de materiales del escogimiento.

Luis López de Mesa

Preguntamos: ¿No sería posible que otros escritores preparados nos mandaran bibliografías titulares parecidas de otros países de nuestra América? Pensamos en Argentina, Chile, Perú, Venezuela, etc., etc., en todos, pues. Conocernos, conocernos, he aquí una de nuestras mayores preocupaciones.

El editor del Rep. Am.

De la vida del Maestro

Para Repertorio Americano

1. Su amor era fecundo como la luz del sol.
2. Aleccionaba con su sola presencia.
3. Compartía el gozo de su vida en convivio cordial con los que le rodeaban.
4. En todas las cosas su espíritu desentrañaba símbolos profundos.
5. Afirmó como ideales de cultura delicadísimos matices del espíritu.
6. Nunca se encastilló en prejuicios.
7. Para las ideas su mente y su espíritu fueron patria de plena libertad.
8. Sobre el vasto campo de sus conocimientos, que se perdían en bellos horizontes de sugerencias y posibilidades, se levantaba el sereno monte de su filosofía coronado por auroras de misterio divino.
9. Descubría, donde otros no veíamos más que tonos planos, sutiles posibilidades espirituales en las vidas.
10. Su ironía era el poder proteico de su pensamiento que hallaba en todo momento los más originales contrastes. La usó en su lucha de siempre por las cosas elevadas y era a modo de daga florentina blandida de frente por mano diestra.
11. En la conversación íntima la ironía del maestro era sal y gracia que hacía de él un *causeur* delicioso.
12. Sabía oír las conversaciones y procuraba siempre darles tono elevado y sentido filosófico.
13. Las conclusiones dogmáticas en ciencia, lo hacían protestar en nombre de la ciencia misma.
14. Defendía como cosa digna del hombre culto el sentimiento romántico de la vida, que para él tenía el sentido de la ternura y de la caballerosidad, de la humildad y de la hidalguía.
15. Creía que la vida, para tener sentido debía ser la realización íntegra de los principios que libremente se aceptaran.
16. Exponía siempre su criterio como probable punto de partida para hallar nuevas soluciones al problema planteado.
17. En su trato de maestro era paternal. El sentido de su paternidad era el de inspirar confianza plena y ponerse todo, en mente y corazón, al servicio de quien lo solicitaba.
18. Jamás fué para el alumno, por grave que fuera la falta, el juez que condena irremisiblemente, sino el honrado consejero que señalaba formas de auto-rendición.
19. Luchó contra la vulgaridad, tenía la por un síntoma de decadencia espiri-

tual, tanto en los individuos como en las colectividades.

20. Quería que los jóvenes vivieran con intensidad la hora actual, y trataba de moverlos a enterarse de los grandes acontecimientos actuales en todos los campos de la actividad humana.

21. Defendía el derecho de amar libremente, siempre que se amara con la más elevada pureza y con la más acrisolada honradez; era

amigo del amor, pero combatía en toda forma la sensualidad.

22. Del honor tenía un sentido quijotesco, y lo vivió ajustándose estrictamente a este sentido.

23. Para la pureza de la mujer exigía una absoluta reverencia.

24. Comprendía, condoliéndose con cristiana piedad, la tragedia de la mujer caída.

25. La obra manual le merecía un respeto casi religioso.

26. Era enemigo de toda vanidad intelectual y aleccionó en este sentido recatando su obra en el modesto escenario de su Escuela.

27. El valor de oro de su vida cívica, reside en su honradez: no hay un sólo acto de su vida pública o privada, en que no resplandezca, acrisolada, esta virtud: ¡por esto los politiqueros veían en él un hombre peligroso!

28. Descubrió en muchas almas posibilidades de servicio que aquellas mismas ignoraban.

29. Una de las normas de su vida fué servirle siempre a la verdad que él llamaba con frecuencia luz!

30. Aceptó la realidad desnuda y luchó siempre con determinación de triunfar.

31. Conocía perfectamente sus méritos, sus capacidades, pero nunca los sobrepuso con miras de egoísmo sobre los de nadie.

32. Jamás usó indignamente de su cuerpo, ni de su pensamiento, ni de su espíritu.

33. Los ideales no eran para él cosa lejana o metafísica, sino el ejercicio diario, diario y continuo del perfeccionamiento de su vida encauzada hacia prototipos de sabiduría, de bondad y de belleza.

34. Respetó la jerarquía cuando ésta tenía por fundamento la excelencia.

35. Jamás se doblegó en gesto servil o adulator ante la arbitrariedad del superior oficial, del oficialismo convertido en dogma.

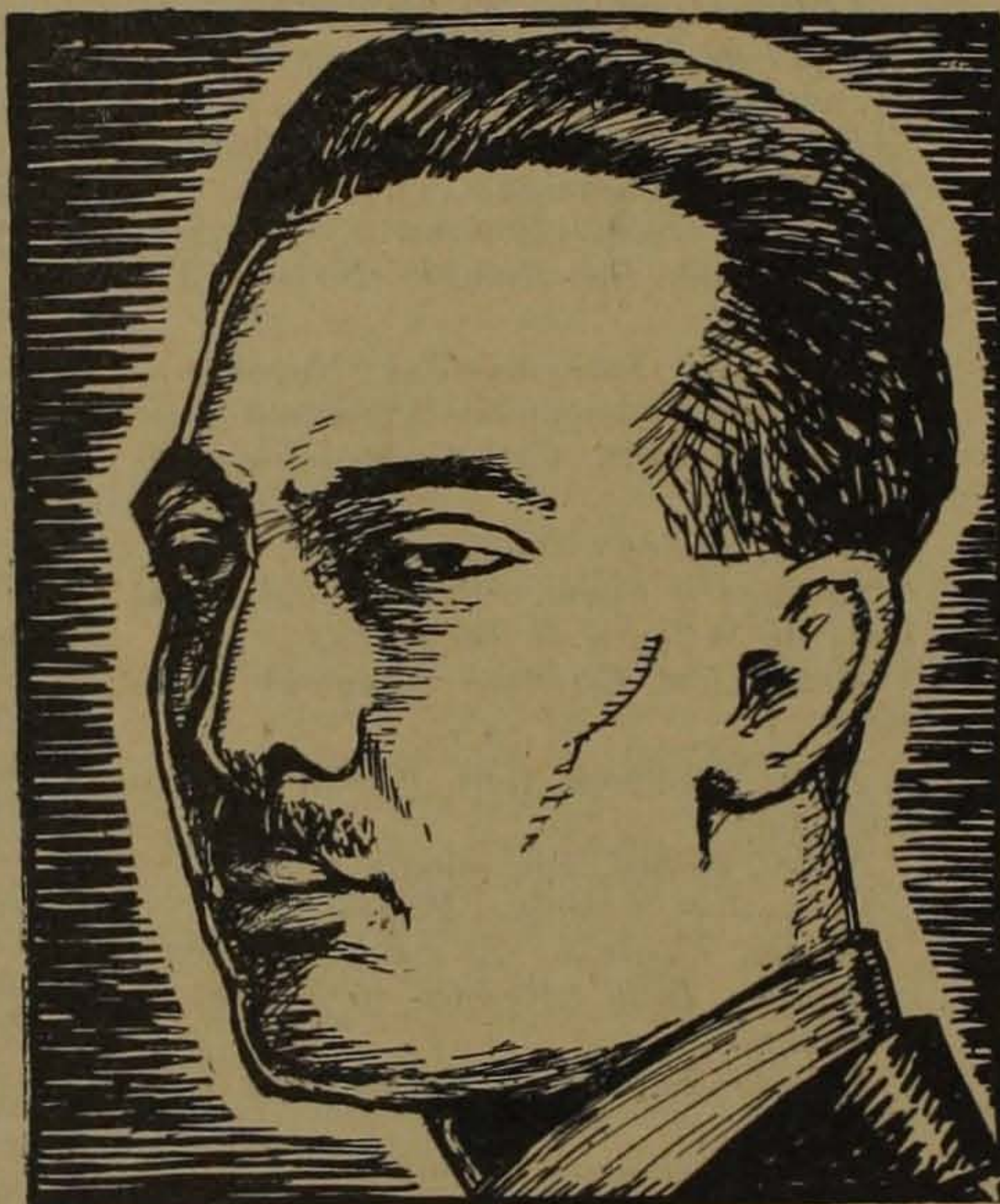
36. Fué un ejemplo vivo de dignidad, de conciencia cívica y predicaba a sus alumnos la viril y sana rebeldía.

37. Ante su tribuna de maestro desfilaron múltiples luchas de ideas, entre profesores, entre maestros, entre alumnos, constituyéndose él en un juez habilísimo, que encauzaba, aguijoneándola, la inquietud de las almas jóvenes en la búsqueda de la verdad.

38. Creía en la aristocracia entendida como distinción del espíritu, como incapacidad absoluta para obrar con baja, cimentada

(Pasa a la página 140)

CARLOS JINESTA



Paco Rodríguez Ruiz

OMAR DENGÓ

San José, 16 de febrero de 1929.

Señor don Carlos Jinesta.

Presente.

Muy estimado amigo:

He leído partes esenciales de su trabajo literario Omar Dengó. Veo con infinito agrado que Ud. ha progresado en muchas cosas, por ejemplo: en el poder de su lenguaje. En su frase hay orden, belleza y sugerencia. En otras cosas se mantiene siendo el mismo espíritu bondadoso, un brillante corazón que irradia luz. El marco que Ud. pone a su concepción de la inmensa y fecunda figura del joven maestro, es como el de una aurora sobre una montaña: se aprecian no sólo su armonioso conjunto, sino sus detalles.

La finalidad de su trabajo, es excelente. Ud. tiene allí una ocupación dignísima: llevar a la conciencia de los niños costarricenses, estas maravillosas vidas, en golpes de luz, para que ellos sientan el ansioso deseo de ser buenos, grandes y claros en su interior.

Le saludo con afecto y admiración y le felicito por su obra.

Su atento y seguro servidor,

Rómulo Tovar

Los cuervos negros sufren hambre de carne rosa» y es por eso que en plena juventud y en plena gloria, los callados cuervos de la muerte, hicieron presa de aquella que fué un milagro ígneo y floral.

¡Oh Delmira, Santa Teresa nuestra, tan temprano dormida en «el gran lecho tendido de tristeza» que tú misma le pedías a Dios en la magnífica *Cuenta de sombra* de tu *Rosario de Eros*!

En el décimo quinto aniversario de la tragedia que arrancó de las manos de la Vida una de las más estupendas flores de nuestra raza, con cuánto fervor nos inclinamos ante esa figura a la vez dulce y sobrehumana, que será siempre la más alta, y de la cual venimos, todas las que volcamos en el verso el pesado secreto de nuestros corazones!

Delmira Agustini es la santa laica de las mujeres latinas que hacen poesía. Preside con su sombra tutelar el grupo ya tan compacto de las poetisas americanas. Como hacia una hermana mayor se vuelven a ella todas las pupilas femeninas cargadas de ensueños. Y ella, silenciosa y purificada, con sus ojos de sibila, parece alentar y sonreír desde el límite del misterio, que sus versos enlazan al mundo como un puente «fúlgido y sombrío» enraizado a la vez en el cielo y en el infierno.

¿Qué hechizo, qué embrujo poseyó aquel ser genial y extraño, para el cual nuestra ternura es una oblación perpetua, como si su presencia invisible nos obligara al amor vivo y exaltado? A Delmira se le siente en torno nuestro y se le ama como a deidad atentamente inclinada al ritmo de nuestros sueños. Delmira está con nosotros y preside la fiesta lírica del Uruguay. Hora a hora la sentimos más cerca, día a día se aproxima a nuestra existencia como si habiendo ya descrito toda la elíptica de la muerte estuviera empezando su retorno a la vida corporal. Hay en su destino algo único, de excepción que hace pensar en que ella fué muy amada por los dioses. Como tal, murió cuando aun era orgullosa, y brillante la cimera de su juventud; como tal se fué en pleno triunfo y cuando su barca enderezó la proa hacia «el mar libre y sin orillas», un coro de voces laudatorias se alzó como un himno desde la ribera que ella abandonaba sorprendida, la mano crispada sobre el timón empavonado de sombra.

Delmira Agustini, después de Teresa de Cepeda, es la más fuerte voz femenina que se ha alzado en idioma castellano. Si existiera la canonización para las místicas de su clase (porque, pese a todo, Delmira fué una mística) ya tendríamos nosotros derecho de exigir la suya. Y si no es un sofisma la teoría de las reencarnaciones, bien podemos creer que en su forma desmenuzable, un alma que ya había develado todos los secretos, le dictaba esos versos casi misteriosos, que son como la voz de un espíritu que hubiese pasado por los más profundos círculos de lo incognoscible. Hay en la poesía de Delmira algo que no está en la sustancia humana. En ella,

Homenaje a Delmira Agustini

Del acto celebrado en la Casa del Arte, el día 6 de Julio, 1928, aniversario de la muerte de la poetisa.

Discurso de Juana de Ibarbourou



Delmira Agustini

por fuerza, se habría realizado una transmigración superior. Estudiándola nos envuelve una atmósfera de misterio. Esa voz no puede ser solamente la de aquella bonita muchacha rubia que pintaba acuarelas, bordaba en raso y hacía complicadas filigranas con la madera. En el ojo de ese bello retrato que nos muestra su inspirado perfil de diez y ocho años, hay una luz, una atención a lo alto, que es una revelación. Nunca he visto mirada semejante. Durante largos ratos me he pasado pensando ante ese perfil luminoso en el que el ojo tiene una claridad absorbente e inmóvil como si estuviese atento a un signo de lo Desconocido. Hubo un cuerpo que en las cifras humanas se llamó Delmira Agustini; pero estoy segura que ese cuerpo fué sólo el vaso de arcilla que contuvo una esencia astral sin nombre terrestre, que no pudo o no quiso darnos su clave, pero que se nos hizo visible desde el verso.

Como Darío y nuestro Vaz Ferreira, afirmamos que Delmira Agustini fué un milagro; y como Alfonsina Storni, yo repito conmovida y fervorosa: ¡nunca la amaremos bastante!

Discurso de Alberto Zum Felde

LA vida de Delmira Agustini fué como un astro llameante que cruzara la noche. Su esplendor y su vuelo maravillosos fijaron todos los ojos, suspendieron los corazones. A medida que ascendía a su zenit, iba creciendo en intensidad; y de pronto se hundió, «en no sé que pliegue inmenso de la sombra», tal aquella su propia visión trágica, dejando su rastro sangrante como una herida luminosa abierta en la negrura del cielo. Herida luminosa en la negrura, que no se cerrará jamás; camino vertiginoso en el abismo de las constelaciones.

La revelación de su espíritu a los veinte años de su vida fué saludada con un coro unánime de asombro. *El Libro Blanco*, su primera colección de poemas, mostraba ya, en la adolescente audaz, de grandes ojos alucinados, las intuiciones extraordinarias que luego habrían de consagrarla como una de las primeras figuras de la lírica americana.

Entre algunas ingenuidades olorosas de adolescencia, jugosas de primavera, entre las cuales la muchacha corría como una colegiala en fiesta por un jardín, el profundo espíritu que ya alentaba en ella con sus grávidas de sombra, hablaba a veces, con esa voz sonámbula, que viene de más allá del sueño, para revelar las imágenes de su visión extralúcida. Y el rostro ilusionado y jubiloso de la adolescente, se oscurecía, sintiendo ya, sobre sí, la máscara de la tragedia. No hablo de la tragedia cruenta que terminó sus días breves sobre la tierra, sino de la que vivió dentro de sí, y fué a la par su tormento y su gloria.

Tragedia de la carne mortal quemada por ansias inmortales; tragedia de la criatura humana, condenada a sufrir la quimera constante de sus sobrehumanos sueños; tragedia del sueño fúlgido, apriornado en la estrecha cárcel de la realidad cotidiana; tragedia del pobre cuerpo hecho de rosas efímeras, que debe contener como un vaso frágil y sensible la intensidad tremenda de un espíritu, cuyos ojos ven en esa sombra que es venda piadosa para todos los ojos...; tragedia, en fin, del alma que pide a la realidad objetiva de la vida, mucho más de aquello que la realidad puede darle.

Toda poesía es sueño. Es subjetividad. Pero en algunos poetas, ese sueño es un dichoso recreo del espíritu, esa subjetividad creadora de imágenes, es fiesta de sus días. En el mundo ideal de sus imágenes, el poeta se siente como un dios. Y aun caminando duros pasos sobre la realidad oscura de la tierra, va envuelto en su mundo de imágenes como en una aureola sidérea. Todo poeta verdadero tiene algo de sonámbulo. Y no sólo todo poeta, sino todo creador mental, todo hombre en quien tenga imperio soberano el espíritu. El artista y el filósofo, el sabio y el místico.

Pero sólo en el místico y en el poeta se dan casos en que el sonambulismo espiritual sea, no una dichosa fiesta de imágenes, sino el más doloroso de los tormentos, y, a veces, la más terrible de las batallas. Porque los otros separan los dos reinos: el espíritu y el cuerpo, el sueño y la realidad, el arte y la vida, las ideas y los hechos, el cielo y la tierra. Y así viven, en el equilibrio de una dualidad pragmática, que, acaso, sea la más prudente sabiduría, a menos que una dulce locura, no les arrebatase por entero a la conciencia de la realidad común, haciéndoles vivir constantemente en su mundo interior.

Hay místicos que alcanzan el estado de beatitud, que es el misticismo sin dolor: la identificación perfecta con el objeto de su amor, con la imagen de su espíritu. Mas lo frecuente es que el místico sea un atormentado, en batallar

constante con su propia individualidad humana, cuyos instintos terrenos se rebelan y se retuercen y claman, encadenados a la roca de la voluntad. Tan difícil es que nuestro cuerpo carnal tome la forma sublime de nuestras imágenes. Encarnar la imagen: he ahí la locura del místico y del poeta: la divina locura que se dice en el diálogo de Platón.

Pero al poeta, por más sublime y poderoso que sea su mundo de imágenes, no le es dable esa identificación mística; porque el poeta se mantiene siempre hombre. Y la parte invencible de humanidad que hay en él, sufre el choque doloroso con su sueño; choque tanto más doloroso y desgarrador cuanto más alto es el sueño. Querer vivir el sueño, querer encarnar las imágenes, querer convertir la propia subjetividad del espíritu en realidad objetiva, corpórea: he ahí la tragedia de los más profundos poetas. Y tal fué la tragedia de Delmira. La tragedia constante, cotidiana, que puso en su boca sensual un rictus amargo, en torno de sus ojos iluminados hondas sombras nocturnas, y en sus versos, esa fuerza emocional, esa palpitación dramática que les da entidad por encima de la simple literatura.

Toda su poesía radica en esa contradicción íntima entre su realidad y su sueño. Soñar fervorosamente una imagen magnífica que no pueden apresar los brazos carnales, despertar a cada momento del profundo delirio visionario a la opaca y torpe forma de la materia, buscar anhelante, en la vida, las formas de los símbolos que su instinto y su mente fraguaban en radiante plenitud de vida, en su mundo interior; tal es la emoción constantemente renovada a través de diversos motivos, que vivifica la poesía de Delmira.

Este sentido trágico de su contradicción, eleva el erotismo que hay en la poesía de Delmira, a un plano muy superior, con respecto al erotismo frecuente en la poesía femenina de nuestro tiempo, que parece haber encontrado en Delmira una puerta abierta a las desenfadadas y exitosas expresiones del *libido*.

Ensueño, ardiente y puro como una llama, y como una llama sombría y dolorosa, en que se quemó su carne mortal, el ensueño erótico de Delmira. Nada de vulgar sensualidad en ella. Todos sus poemas están hechos de visiones extraordinarias y de gritos de angustia. Con frecuencia su voz nos llega enronquecida y lejana, desde las profundas cavernas de su sueño. El mundo de sus imágenes es un mundo estremecido del sacro horror de las bacantes, poseídas por la furia pánica. Figuras ideales y magníficas lo pueblan, pero sus cuerpos proyectan en el muro de la realidad sombras monstruosas. En esas praderas de encendidas rosas, sopla un viento huracanado, lleno de un hondo clamor. Cuando el viento se acuesta, en el silencio sin fondo se oye la voz apasionada y profunda de la poetisa. Dice:

«En mi alcoba, agrandada de soledad y miedo, taciturno a mi lado apareciste, como un hongo gigante, muerto y vivo, brotado en los rincones de la noche, húmedos de silencio...»

Acabamos de recibir:

Los mejores poetas de Costa Rica

por Eduardo de Ory

Librería FERNANDO FE. Madrid

A \$ 3-50 el ejemplar

Se envía por correo, libre de gastos.

La visión nos sobrecoge de humano espanto y de goce extrahumano: El amante espectral, allá, en las oscuras cavernas mágicas del sueño, se inclina hacia ella, «como un enfermo de la vida, a los opios infalibles y a las vendas de piedra de la muerte», «como el gran sauce de la melancolía a las hondas lagunas del silencio», «como la torre de mármol del orgullo, minada por un monstruo de tristeza». En el lúgubre ensueño pasional, ella vibra como la cuerda tensa y pulsada de un instrumento, y su mirada es «una culebra apuntada entre zarzas de pestañas, al cisne reverente de su cuerpo». Mas, de súbito, cuando ella espera el aletazo del abrazo magnífico ve que se echa hacia atrás, y se envuelve, «en yo no sé qué pliegue inmenso de la sombra...» Esta visión sintetiza toda la poesía de Delmira Agustini.

Si hay en ella una manifestación de sensualidad apasionada y desnuda, no hay sensualismo. No se encuentran en ella, ni el grito del simple deseo animal, ni la delectación viciosa de los sentidos. La sexualidad de sus poemas está idealizada por un alto pensamiento trascendental, o por una pasión humana profunda y dolorosa. Donde hay tristeza o exaltación del alma, el sensualismo desaparece, idealizado. Y en Delmira, todo es exaltación ideal del instinto, dolor de la realidad en pugna con el ensueño.

El erotismo idealizado, es, en Delmira, la expresión de la vida en sus sentidos más profundos, en sus aspiraciones más poderosas. El símbolo de Eros, cobra, en su poesía, aquel sentido vital religioso, que tuvo en la primitiva concepción órfica de los griegos. Delmira era pagana, y su religiosidad no era la del renunciamiento místico, sino la de la plenitud heroica y trágica de la vida. Era una dionisiaca, una nietzscheana, acaso la única poetisa nietzscheana que haya existido. De ahí su fuerte personalidad inconfundible.

Mas, conviene aclarar que el nietzchismo de Delmira no era un producto libresco, no era una simple sugestión cerebral, elaborada sobre la lectura de Nietzsche. Ciertamente que había leído a Nietzsche, como había leído a D'Annunzio, al D'Annunzio de *El Fuego* especialmente, también influido por el pensador germano; pero esta y aquellas lecturas eran, a su vez, atracción de una afinidad subconsciente, que radicaba en su mismo temperamento, en su idiosincrasia más profunda. Y no decimos que Delmira fuera nietzscheana por doctrina, sino por espíritu. La lectura de Nietzsche, como la de D'Annunzio, no hicieron sino avivar, nutrir en ella, acaso, su propia intuición dionisiaca. Es el sentido de su poesía lo nietzscheano, su sensibilidad estética, su intuición de la vida.

Quisiera borrar por entero de la mente del auditorio, la idea de que, esto que acabamos de decir, implica que la poesía de Delmira, sea un producto intelectualista. No, nada tan radicalmente distinto del intelectualismo de un D'Annunzio, por ejemplo, como la poesía de Delmira. Era puramente una intuitiva; uno de los casos más extraordinarios de intuición mental que se haya dado en la poesía americana, tal vez el más extraordinario. A menudo en sus versos, nos asaltan al paso, pensamientos de una hondura y de un poder propios de una mentalidad de larga madurez filosófica y que harían suponer, a quien no la hubiera conocido, la posesión de una cultura intelectual intensa. Nada, empero, tan lejos de lo cierto. Su cultura intelectual era escasa. Había leído pocos libros y de filosofía menos. Todo lo comprendía, y todo lo penetraba y lo sabía por el solo poder de su genialidad intuitiva. Poseía, innata, esa facultad misteriosa de ponerse inmediatamente en contacto con el mundo platónico de las ideas. Y así sus imágenes poéticas, son, al mismo tiempo, símbolos de abstracciones profundas.

Y esto fué así desde su adolescencia, cuando ni tiempo material de adquirir cultura intelectual habría tenido. Al aparecer su primer libro de poemas *El Libro Blanco*, antes de sus veinte años, uno de los cerebros más sagaces y prudentes de nuestro país, Vaz Ferreira, expresaba su asombro ante el fenómeno, llamándole «milagro» y diciendo que, atentos a la edad y demás circunstancias de la poetisa, ella no debiera ser capaz, no ya de escribir, sino de entender su libro, lo cual era completamente inexplicable.

Los íntimos de Delmira saben, en qué angustiosa tensión de todo su ser se ponía cuando escribía sus poemas. Necesitaba estar absolutamente sola, y decía que no podía soportar ni la sospecha de la presencia de otra persona en la habitación contigua. Su sensibilidad se acuciaba y se hacía hiperestérica de tal modo, que parecía caer en el trance extralúcido de las pitonisas y de las médiums. Verdaderamente, estaba como en trance de su intuitividad genial. Así nos daba, dolorosamente, la esencia de sí misma.

Así ha creado, extrayéndolas de su más recóndita subjetividad, algunas de las imágenes más originales y poderosas que haya en la lírica americana. Crear imágenes: he ahí toda la gloria del poeta. Los más grandes poetas, viven inmortalmente, en unas cuantas imágenes geniales. Porque las imágenes son las formas del espíritu. No hablo aquí del simple juego metafórico en el que podrá haber estimable ingenio, pero no genialidad creadora. La imagen, que es forma del espíritu y símbolo de la vida, no puede ser arrancada sino con la más heroica sinceridad, de las profundidades del ser. Y si esto es así, podemos asegurar que las imágenes en que Delmira expresó sus más fulmineas intuiciones de la vida, tienen en sí un supremo valor de inmortalidad.

(De La Pluma, Montevideo, Uruguay.)

De la vida del maestro...

(Viene de la página 136)

en el espíritu y en la sangre de la estirpe.

39. Alguna vez dijo comentando la artera intención de un anónimo: «No hay nacimientos indignos, cuando se es hijo de su propia nobleza».

40. La aristocracia de su espíritu la entendía como deber de suma excelencia para servir mejor.

41. Se complacía en valorar los méritos ajenos, dándoles su más cálida acogida y su más vivo elogio.

42. ¡Serenidad! Esta era una de sus más amadas palabras y entrañaba la más viva aspiración de su espíritu; alguna vez empezó una de sus pláticas a los alumnos diciendo: «Serenidad, bendita serenidad, tan amada y tan esquivada!»

43. Tuvo el sentido hidalgo de la lucha: enemigo caído o vencido, dejó de ser contrincante para cruzar sus armas; nunca pudo ser enemigo, sino hermano del caído.

44. Era un observador agudo de las gentes; cuando se engañaba era el corazón quien lo había extraviado en la abundancia de su propia bondad.

45. No creía en escuelas artísticas, sino en el artista que crea la belleza libre e inmortal.

46. Admiraba en la obra de Leopoldo Lugones el resultado de una genialidad innata cultivada intensamente y en posesión de una vastísima cultura y trataba de que los jóvenes no confundieran facilidad con profundidad.

47. Deleite de su espíritu fué contar cuentos, a los grandes y a los niños; cuando lo hizo fué quizás cuando creó las más bellas imágenes, las más felices expresiones de su palabra. Su narración tenía el calor y el encanto de una creación artística, aun cuando narraba uno de esos viejos cuentos muchas veces oídos: otros inventó que deben vivir en el país de la fantasía; nunca fueron escritos.

48. Para aclarar un concepto, para vigorizar una idea, para embellecer una imagen, así, en el natural trascurso de la conversación, forjó maravillosas fábulas que, algunas veces, sonriendo bondadosamente de nuestra curiosidad, atribuyó a olvidados y desconocidos poetas orientales.

49. Amó entrañablemente al trabajador, obrero o campesino. Lo conocimos amargado por la incompreensión con que los trabajadores correspondieron en ocasiones a su obra generosa e idealista. Cuéntame que en el fervor de su juventud llegó a soñar que hasta la dinamita anárquica era buena para la redención de los oprimidos.

50. Recibió, con la alegría del estímulo, el elogio que venía del amigo, así fuera éste el menor o el más humilde; no buscó la aprobación de los nombrados; cuando la obtuvo fué porque la merecía plenamente.

Carlos Luis Sáenz

(Concluirá en el próximo cuaderno).

Dos cartas de Omar Dengo

1.—En que se habla de un posible Ministerio de Relaciones Exteriores

Heredia, abril 26 de 1924.

Muy estimado don Carlos (1):

Para Ud. es grande mi gratitud. Después de la generosidad con que Ud. me trató en nuestra última conversación, vengo a encontrar que don Luis Felipe González me trae, de parte de Ud., la reiterada insinuación de que reflexione nuevamente sobre si debo o no aceptar la Secretaría de Relaciones Exteriores.

Mi respuesta tiene que ser esta vez también, la respuesta negativa que habe de darle a don Ricardo.

No soy apto para el ejercicio de tales funciones, no sé si podría llegar a serlo y, si supiera que lo llegaría a ser, o que lo soy, tampoco querría trabajar en un campo extraño a mis actividades. No debo abandonar mi carrera de Profesor, a la que me ata el cora-

zón, y menos debo abandonarla para entrar en una zona en la cual no hay campo para una obra del espíritu, y en la cual, con daño del gobierno y del país, tendrían que ser yo objeto de irrisión. Se ha reído el país de hombres bien preparados, por lo menos en la apariencia, y sería peor la situación tratándose de mí, que no tengo ni la preparación ni la apariencia.

Como le dije a Ud. no sé siquiera cómo se llevan los vestidos que usan los diplomáticos,—y esto que parece no tener importancia tiene para mí la de que, con el vestido viene la genuflexión, la copa de champagne y la mentira amable como ejercicio cotidiano. No quiero eso para mis hijos, no lo quiero para los profesores, no lo quiero para mí.

Usted me perdonará la franqueza con que debo hablarle.

Cuanto a acompañar a don Ricardo, yo lo acompaño en mi corazón mientras hay tantos que lo sacrifican. Acompañarlo en el gobierno no sería sacrificarse por él sino por los que han tenido fuerza bastante para lograr que la Educación Pública se convirtiese en objeto de ofrecimientos. Debía ser objeto de planes de gobierno.

Por don Ricardo lo que puedo hacer es serle leal, de modo ple-

no, desear que triunfe en el gobierno y contribuir en lo que yo pueda, a que nuestros esfuerzos en el campo educacional sigan estando por encima del interés de individuo o de grupo y libres del atentado de las ambiciones. De las extrañas y de las que por obra de la vida pudieran roernos el espíritu.

Lo saluda cordialmente su agradecido servidor y amigo,

Omar Dengo

y 2.—En que se habla del método de proyectos

Heredia, mayo de 1924

Mi amigo don Joaquín:

Ha publicado Ud. un artículo interesante del Prof. Kilpatrick, acerca de un «notable experimento pedagógico». Quiero decirle con tal motivo que debemos estarle agradecidos los que tenemos interés en la renovación de nuestra escuela. Yo le agradezco especialmente la publicación porque podré aprovechar el artículo en mis modestas lecciones de Pedagogía del Tercer Año de la Escuela Normal, donde en estos mismos días hemos comenzado a tratar de *asuntos y proyectos*. Y se lo agradezco no tanto porque me fuera del todo desconocido el experimento—que es porción de una vasta serie—cuanto porque la opinión extraña le da valor a la pobre opinión nuestra, en un medio como el que nos rodea, propicio a engendrar tan absurdas suposiciones cual la de que ese tema de los proyectos es obra de novelería, de afán de ensayo, o de peregrina invención de profesores costarricenses. Muchas de estas gentes enemigas de todo progreso, o del que no sugieran ellos, necesitan aprender ahora en la publicación que llega del exterior, lo que desde

hace años otros trabajadores conocen e intentan adaptar en el país. Y me apresuro a decir *adaptar*, antes de que surja la consabida objeción de que se pretenda copiar servilmente lo que conviene a las necesidades de otros medios. Pretensión ésta, que nunca hemos alimentado. Por el contrario, hemos deseado que las adaptaciones se hiciesen con conocimiento del complejo problema que comportan.

Si hemos incurrido en el pecado de no creer en una *pedagogía nacional*, como no creemos nunca—y lo digo de mí—en una *química nacional*.

Lo que admira es que nada o casi nada se haya leído en el país acerca de *proyectos*, cuando tanto se ha escrito y escribe al respecto. El artículo a que hago referencia cita por cierto a Stevenson, uno de los autores que mejor han presentado, en libro excelente, la cuestión. El propio Kilpatrick se ha ocupado mucho en el asunto. Este ha sido y es materia de importantes debates y, como se ve, de importantes experimentos. Aquel medio está preparado para la experimentación en amplias proporciones y cada escuela tiende a reunir o reúne las condiciones necesarias para

Entre buenas amigas

Decididamente he encontrado el mejor medio de hacer mis compras, decía una señora a sus amigas.

No tienen Uds. más que ir a la **Tiendita**, que es la tienda de confianza para Señoras, y pedir una acción del Club que se está formando y les dará toda clase de facilidades.

Las mercaderías las renuevan constantemente y los precios, muy ventajosos. Si Uds. quieren las mercaderías, yo las recomiendo y así pueden retirar desde la primera cuota que pagan.

ser un laboratorio. Y no se lucha con la torpeza de renunciar al ensayo por cuanto lo es, sino que precisamente por serlo, se procura allegar las condiciones que favorezcan su desenvolvimiento científico. Pues el ensayo no es, ni más ni menos, como sabe entenderse en aquellos países, que un experimento. Mas no cabe sorprenderse de que entre nosotros ocurran de otro modo los hechos. Nada menos que el propio Claparede se queja de que en los medios europeos la rutina escolar opone graves resistencias a la obra renovadora de la experimentación científica. Lo curioso es que en las escuelas no se hace otra cosa que ensayar procedimientos. Y lo grave es que a tales ensayos suele dárseles el carácter de adquisiciones permanentes. De suerte que no se logra comprender cómo se produce tanta alharaca en presencia del deseo de limitar los ensayos al campo de su natural función, o del propósito de que la cumplan dentro de las normas propias de la investigación científica.

Conviene hacer publicaciones frecuentes de la índole de la que Ud. ha hecho recientemente. Conviene hacer notar que ellas son expresión fragmentaria de un trabajo amplísimo que se realiza actualmente en casi todo el mundo. Conviene mostrar ese trabajo en sus orígenes históricos, en su génesis filosófica, en sus fundamentos científicos—psicológicos y sociológicos—y en las perspectivas prácticas de su estado presente. Los *proyectos* no son sino un procedimiento, como las *lecciones socializadas*, como las *lecciones por problemas*, etc., etc. Pero todos esos procedimientos no provienen del capricho. Detrás de ellos y de cien otras posibilidades de la nueva escuela, por sobre yerros y exageraciones, hay toda una profunda y hermosa obra de pensamiento. Y al frente está la esperanza, y más que ésta, el ideal de asociar a la suerte de la civilización que se renueva la suerte de la escuela. Y al contrario de lo que dijo Hugo, esto le dará vida a aquello.

Permitame ser su servidor y amigo,

Omar Dengo

Margarita Ogilvy

Por su hijo

JAMES M. BARRIE

Trad. de Ernesto Montenegro

Capítulo X, y último

¿Temas que su poder pueda fallarte?

Véanse en el tomo anterior, los cuadernos 17 a 20, 22 y 23. Y los Nos. 3, 4 y 6 del tomo en curso.

Por años había venido preparándome para la muerte de mi madre, tratando de prever cómo había de morir, viéndome yo mismo una vez ella muerta. Aun así comprendía que lo que hacía era inútil, pero estoy cierto de que no había en ello nada anormal o enfermizo. Quería estar a su lado en el último momento, no como el que debía recibir su última mirada, sino como aquel de quien su mirada se apartaría solamente para mirar a su hija más querida; no debía ser mi brazo sino el de mi hermana el que estuviera rodeándola en el instante de su muerte; no debía ser mi mano sino la de mi hermana la que cerrara sus párpados. Comprendía que podía llegar demasiado tarde; me veía abriendo la puerta sin nadie para darme la bienvenida y subiendo la vieja escalera en dirección a la vieja habitación. Pero lo que no preví fué lo que realmente ocurrió. Nunca imaginé que podría suceder que subiera la escalera y pasara por delante de la cámara donde mi madre yacía muerta para entrar primero a otra habitación, y caer allí de rodillas.

La paráfrasis favorita de mi madre era una que la familia había bautizado como la de David, debido a que fué la última que él aprendió. Fué también lo último que ella leyó:

¿Temas que falle en tu día de prueba, el Magno Poder?
¿Su eterno brazo podría fatigarse o decaer?

Oía su voz fortalecerse al leer estas palabras y su tímido semblante cobrar ánimos, pero al llegar mi día de prueba, entonces ¡ay de mí!, sentí miedo.

Durante esas últimas semanas, bien que no lo sospechábamos, mi hermana estaba muriéndose en pie. Por muchos años había estado dando su vida a pedazos para ganar otro año, otro mes, otro día más para su madre; y ahora estaba aniquilada.

—Jamás te desampararé, madre.

—¡Bien lo sé que no me dejarás!

Ese arranque me parecía tan patético en aquellos días, pero toda su significación no debía conocerla sino cuando fuese solamente al eco de un grito. Cuando la miraba parecía como si mi madre se aprestara a partir para un nuevo

país, y mi hermana la retuviera. Pero hoy veo con una visión más clara. Ya no es la madre sino la hermana la que va adelante, y ella exclama:

—¡Madre, tanto te tardas que apenas si puedo aguardarte!

Pero ella no sabía más que nosotros cómo había de ocurrir; aunque nos pareciera fatigada cuando nos recibió en la escalera, seguía siempre siendo la más activa y vivaz presencia de mi madre. Jamás se quejaba a no ser en los momentos de salir para ese paseo de media hora que era lo único que las separaba cada día. ¡Con qué contrariedad se ponía el sombrero, tras mucho insistir de nuestra parte, y cuántas veces, después de haber llegado hasta la puerta, se volvía a plantarse al lado de mi madre! En ocasiones siguiéndola con los demás desde la ventana, yo no podía dejar de reírme, pero con el corazón oprimido, de verla marchar sin otro pensamiento que el de la vuelta. Mi padre siempre se quedaba en casa; marido más solícito jamás se vió; y también otra hija; pero rara vez se atrevían ellos a servir a mi madre: la otra les arrebatava las cosas de las manos. Mi madre prefería recibirlo todo de ella; todos lo sabíamos.

—Tanto como los quiero a todos no atino a pasarme sin ti.

Mi hermana tan generosa en todo lo demás, no se cansaba jamás de jactarse de esto. Era la rica compensación de toda una vida.

Los demás hablaban entre sí de lo que pronto había de ocurrir, y tenían sus lágrimas para aliviarse, pero esta hija no se refería jamás a ello, y sus ojos permanecían casi siempre secos. Yo comprendía que día y noche ella se esfor-

zaba por prepararse para una vida en que su madre no estuviera a su lado, pero era forzoso que permaneciera muda, con esa reserva escocesa que la hizo soportar su angustia, solitaria y trágica. Aun mi misma madre, que nos hablaba a nosotros con tanta calma de su último día, no podía mencionárselo a aquella. Ambas, la una en su cama y la otra inclinada sobre ella, contentábanse con mirarse largamente, hasta que lágrimas tardías asomaban a los ojos de mi hermana, y mi madre volvía al otro lado su triste semblante. Y con todo, ni una ni otra pronunciaban palabra, pues su silencio les decía con tanta elocuencia lo que estaba en sus pensamientos: (—Madre, me resisto a dejarte partir.)

(—O, hija mía, ahora que mi tiempo se acerca, querría que no fueses tan apegada a mí.)

Pero tan pronto como la hija había salido, mi madre se tomaba de mi mano y me gritaba:

—Te la dejo encargada; tú has visto cómo se ha sacrificado, y de ti dependerá que reciba su recompensa.

Y yo prometía, pero ninguno de los dos sospechaba que ya ella tenía su premio.

Ciertas noches mi madre se despertaba e incorporábase en la cama, confundida con lo que veía. Mientras dormía, doce lustros o más desaparecían de su vida y volvía a ser una niña; al volver bruscamente a la realidad, sentía el vértigo de la corriente de los años. ¿Cómo era que se hallaba en esta habitación? Cuando vino a acostarse anoche después de preparar la comida de su padre había una cómoda junto a la ventana:

JOHN M. KEITH & Co., Inc.

SAN JOSÉ, COSTA RICA

Agentes y Representantes de Casas de primer orden

Cajas Registradoras "National"

The National Cash Register Co.

Máquinas de Contabilidad "Burroughs"

Burroughs Adding Machine Co.

Máquinas de Escribir "Royal"

Royal Typewriter Co., Inc.

Muebles de Acero y Equipo para Oficinas

Globe Wernicke Co.

Implementos de Goma

United States Rubber Co.

Maquinaria en General

James M. Motley, New York

JOHN M. KEITH
Socio Gerente

RAMÓN RAMÍREZ A.
Socio Gerente

¿qué se habían hecho el cajón de la sal, el tarro de la harina, y los jamones que debían estar colgando de las vigas? Aquí no veía vigas, sino un techo empapelado. Muchas veces había oído hablar de catres de hierro, pero ¿cómo era que se hallaba acostada en uno de ellos? Para penetrar estos misterios trataba de levantarse, y se sorprendía del esfuerzo que le costaba cual si hubiera caído enferma la noche anterior.

Al oír la moverse yo solía golpear en la pared, pues habíamos convenido que esto quería decir que yo estaba cerca y, por lo tanto, no había novedad; pero a veces estos golpes parecían pertenecer al pasado, y la hacían decir:

—Ese es mi padre que llama a la puerta; debo levantarme a abrirle.

Le parecía verle,—y era uno mucho más joven que ella a quien veía—cubierto de nieve, sacudiéndola de sus botas, con las manos hinchadas y agrietadas por la arcilla y el rocío. Luego oía—esto era cosa que ocurría frecuentemente en la alta noche—a mi hermana que la tranquilizaba con tiernas palabras, y encendía la luz para mostrarle dónde se hallaba, o la acompañaba hasta la ventana para que viera que no era noche de nevada, y hasta llegaba a acompañarla y bajar a la puerta de calle gritando:—¿Hay alguien ahí fuera?—Y si esto no bastaba, arrebozando a mi madre hasta los ojos, la llevaba a uno y otro cuarto, señalándole los objetos familiares, a modo de jalones que le servían para guiarla con pausa a través de los sesenta o más años que ella había saltado tan bruscamente. Y tal vez el término de esa excursión era junto a mi cama, donde llegaba mi madre a decirme con expresión ansiosa:

—¿Es verdad que estoy vieja?

Pero con la venida del día hasta la última semana que la ví, ya estaba en pie y en actividad, pues aunque se hallaba muy débil no sufría ahora ningún achaque. Parecía relativamente tan bien, que yo mismo todavía convaleciente, había convenido en ir a Suiza por unos días de descanso, para luego volver a preparar con mi madre el viaje a casa de su hermano favorito en la parte del oeste de Escocia. Tenía ella, pues, muchos preparativos que hacer, y sólo en la mañana se sentía con fuerzas para realizarlos. Un mes por lo menos le tomaba para dejar su casa en orden, pues debía quedar en perfecto estado; inspeccionar cada rincón, dar vueltas a cada baúl hasta el fondo, ordenar la ropa blanca y ponerla otra vez con amoroso cuidado como para que reposara ya más cómodamente en su ausencia; había que recorrer las alacenas, y

PALABRAS RECONFORTANTES DEL ILUSTRE
EX-PRESIDENTE DE COLOMBIA, DR. C. E. RESTREPO

Medellín, Enero 21 de 1929.

Sr. don

JOAQUÍN GARCÍA MONGE

San José, (Costarrica).

Muy distinguido amigo:

De todo corazón le deseo un año muy venturoso y lleno de triunfos para su admirable REPERTORIO AMERICANO.

Lo he seguido recibiendo con toda puntualidad, y a la vez que le reitero mi agradecimiento por el obsequio, le renuevo mis más entusiastas felicitaciones por esa publicación. Ella es eminentemente patriótica, con la circunstancia de que su inteligente propaganda no se limita a una sola patria sino a todas las de Centro y Suramérica.

Su periódico es alta tribuna de dignidad, de soberanía y de independencia para todas estas repúblicas latinas, y sus ideales habrán de imponerse si es que hemos de vivir en paz y en justicia.

Me repito de Ud. affmo. S. S. y amigo,

C. E. Restrepo

dedicarle una semana entera al desván. Con un poco de menos minuciosidad, pero siempre con mucho de su antiguo orgullo en su casa, ella lo hizo por la última vez y, luego se puso a sacar su ropa y a extenderla sobre la cama para darse el gusto de acariciarla con los dedos al mismo tiempo que se

discutía cuál debía dejarse y cuál no. ¡Ah, qué hermoso sueño! Cada mañana me abrazaba a él, y ni quería darme por entendido cuando mi hermana meneaba la cabeza al mencionarlo, pero antes que transcurriera el día yo tenía también que convencerme de que no era posible. Se había realizado muchas

otras veces, pero ya no volvería nunca. Ambos lo sabíamos, pero cuando mi madre, de acuerdo con su costumbre de prepararse con mucha anticipación para sus viajes, nos pidió su baúl y sus cajas, se lo llevamos en silencio y nos quedamos allí de pie mientras ella ordenaba sus prendas.

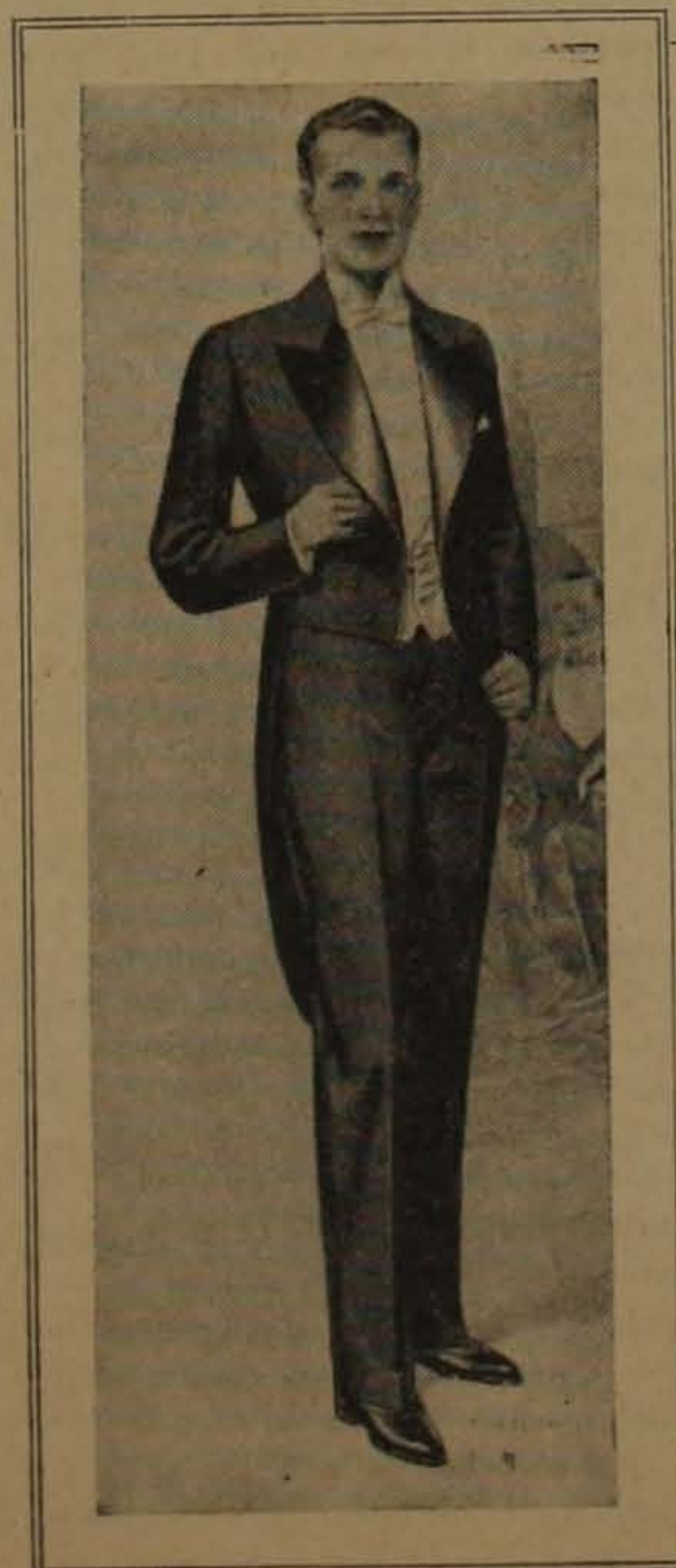
Llegó el día en que yo debía partir. Cien veces había ocurrido antes, cuando era un niño, cuando era un estudiante, cuando fui un hombre, cuando ella me parecía alta y fuerte; luego cuando estaba tan encogidita que era yo el que la sostenía con mi brazo al rededor de la cintura. No voy a escribir de esto, de la partida, de las dos personas que trataban de sonreír y de cuando me volví de la escalera al sentir un llanto. No diré más de la callada figura de segundo plano, siempre en segundo término, siempre junto a mi madre. Lo último que ví de ellas fué al cerrar la verja tras de mí. Estaban ambas en esa ventana que ya no se borra de mis ojos. No podía ver la cara de mi querida hermana porque la tenía inclinada hacia mi madre, mientras me señalaba con el dedo, y le indicaba que era el momento de sonreír y enviarme su despedida con la mano, tal como a mí me gustaba. Esta acción fué el epítome de toda la vida de mi hermana.

Hacía una semana que estaba ausente cuando se me entregó un telegrama. Unas horas antes había recibido una carta de mi hermana en que me decía que todos estaban bien en casa. El telegrama decía en cinco palabras que ella había muerto repentinamente la noche anterior. No había ninguna referencia a mi madre, y yo me hallaba a tres días del pueblo.

La noticia que hallé al llegar a Londres fué ésta: mi madre no se daba cuenta de que mi hermana estaba muerta y se me esperaba a mí para que se lo dijera.

No debí haber sido tan cobarde. Así fué como ambas murieron... porque después de todo, apenas doce horas alcancé a ver viva a mi madre.

Su última noche juntas había sido casi festiva. En el buen tiempo pasado, esa hora en que el gas en la habitación de mi madre se ponía a media luz había sido con tanta frecuencia la más feliz de todas, que mi pluma se vuelve hacia allá una y otra vez mientras escribo. Era el momento en que mi madre estaba sonriente en su cama y nosotros nos agrupábamos a su derredor como niños en sus juegos, echando a un lado ya nuestra frialdad y reserva, al extremo de que el autor debía ser contenido a viva fuerza en los momentos de tregua. Más bien tristes que alegres habían sido



El traje hace al caballero
y lo caracteriza

y
La Sastrería

La Colombiana

De Francisco A. Gómez Z.

le hace el vestido

en pagos semanales, mensuales
o al contado

Hay un inmenso surtido de
casimires ingleses. Opera-
rios competentes para la
confección de trajes.

Haga una visita y se convencerá

Calle del Tranvía
50 varas al Este del Cometa
frente a Luis Vanni

San José, C. R.—Teléfono 3283

las últimas tentativas para renovar esas veladas, y lo más que se conseguía era medio despertar a mi madre a la conciencia de lo que la rodeaba, cual si un eco familiar hiciera oír su voz; pero donde estaba eso, ella no hubiera podido decirlo, con su cabeza llena del rumor del pasado, cual la de un vasto mar. Pero esta noche fué el último presente para mi hermana. Lo regocijado de sus voces atrajo a los demás de la casa a la habitación de mi madre, donde por más de una hora ésta fué el centro de una alegre tertulia, y tan clara estaba su cabeza, que los demás, prudentes al principio, se abandonaron luego a la broma, y cualquiera pulla que dijeran, mi madre la devolvía como de antiguo contra ellos mismos, hasta que en defensa propia hubieron de unirse tres contra una, y los tres en apuros. ¡Cuánta no debió ser la alegría de mi hermana! Una vez más podía gritar: ¿Has visto una mujer como ésta? Me dicen que la fisonomía de mi hermana reflejaba tal felicidad, que hasta a mi madre le llamó la atención, y después de levantarse para salir, todos volvieron a quedarse fascinados por la vivacidad de ambas. Y cuando por fin salieron, las últimas palabras que oyeron fueron éstas:

—Se han ido, madre, ya lo vez, pero yo estoy aquí y nunca te dejaré.

—No, tú nunca me dejarás, de sobra que lo sé.

Por algún tiempo sus voces pudieron ser distinguidas desde abajo, pero de qué hablaban, no hubiera podido decirse. Luego se hizo el silencio. Si yo hubiera estado en casa, habría entrado a la habitación varias veces más, abriendo la puerta con grandes precauciones y quedándome por un rato a contemplarlas. Una y mil veces lo había hecho. Pero esa noche, ¿me habría retirado con la mente tranquila, o hubiera podido notar el cambio que se efectuaba durante el sueño?

Digámoslo en tan pocas palabras como sea posible. Mi hermana se levantó con jaqueca a la mañana siguiente. Toda su vida había estado martirizada por ella, pero ésta, al igual que otras muchas, parecía dolorosamente aguda. A pesar de todo, se levantó, encendió fuego en la habitación de mi madre, le subió su desayuno, y luego tuvo que volverse a la cama. Ya no pudo escribirme su carta cotidiana para anunciarme cómo estaba mi madre, y tal vez lo último que hizo fué pedirle a mi padre que me escribiera sin dar a entender que estaba enferma por lo que a mí me afligiría. Se llamó el médico, pero ella perdió rápidamente el conocimiento. En ese estado se la llevaron del

Una casa para la viuda e hijos de Omar Dengo

La Comisión encargada de recoger fondos en Heredia avisa que faltan unos \$ 3.000-00 para completar la suma con que se ha comprado ya, una casa a la viuda e hijos de Omar Dengo.

Ahora nos toca a los amigos del ilustre finado en San José, y otras ciudades, reunir los \$ 3.000-00 que faltan. Se abre, pues, la suscripción y el Sr. García Monge queda encargado de recoger los fondos que lleguen.

Rep. Am.....	\$ 25
José Guerrero.....	25
Octavio Jiménez.....	25
Alejandro Alvarado Quirós.....	25
Carmen Lyra.....	5
J. J. Salas Pérez.....	25
Angela B. de Guerra.....	25
Tomás Soley Güell.....	25
Jorge Ortiz E.....	25
José A. Prada.....	10
Victor Cordero B.....	5
José María Zeledón Brenes.....	25
Carlos M. González.....	5
Manuel Obando.....	25
R. S.....	10
Eduardo Carrillo.....	10
Ramón Zelaya.....	25
X X.....	20
Rafael Eduarte.....	10
Dr. Herdocia.....	25
Francisco Montagne.....	5
Leovigildo Arias.....	5
Alberto Moreno Cañas.....	15
Dídima Sánchez.....	5
A. Boza Cano.....	25
Escuela Mercantil Manuel Aragón.....	25
Sr. M. B.....	50
Mario Fernández.....	5
Tomás Arias hijo.....	10
Oficina de Propaganda Catalana.....	5
Alberto Cortés S.....	1

lecho de mi madre a otra habitación. Descubrióse que sufría de un mal interno. Nadie lo había sospechado, ni siquiera ella misma. Ya no había remedio. En ese estado de inconciencia pasó a mejor vida sin darse cuenta de que dejaba a su madre. De haber sabido yo, al recibir la noticia de su muerte, que había evitado ese dolor, seguramente habría podido afrontar con más ánimo el regreso, al recuerdo de aquellas palabras:

Art thou afraid His power shall fail
When comes thy evil day?

¡Ah! cualquiera se lo hubiera figurado; yo mismo lo hubiera creído, pero ahora sé a qué atenerme. Al llegar a Londres supe cómo había muerto mi hermana, pero siempre me acobardaba. Dios había hecho tanto, y sin embargo, no podía esperar confiado en El para lo poco que faltaba por hacer. «¡Ah, hombres de poca fe!» Estas son las palabras que ahora me parece oír de labios de mi madre, mientras me mira con pena.

Dios hizo todo tan sencillamente, que he dejado de maravillarme desde entonces, visto que era tan claro que provenía de El. Mi tímida madre vió llevarse sin conocimiento a la que no debía abandonar jamás, y no se desesperó. Ella, que acostumbraba estrujarse las manos si su hija se ausentaba por un momento, jamás volvió a

preguntar por ella. Los demás, estupefactos, no se atrevieron a nombrarla ya. Pero estoy seguro que no había para qué tales temores. Hay misterios en la vida y en la muerte, pero éste no estaba entre ellos. Un niño puede entender lo que pasó. Dios dijo que mi hermana debía partir primero, pero El puso su mano en este momento sobre los ojos de madre, y todo lo transformó.

Dijéronla que yo estaba en camino, y ella respondió con una sonrisa confiada:

—Vendrá tan pronto como los trenes lo traigan.

Esta es mi recompensa, esto es lo que he cosechado con mis libros. Todo lo que pude hacer por ella lo hice desde que era un niño; miro hacia el pasado y no puedo ver ni la menor cosa que no se cumpliera.

Se las enterró juntas al cumplir mi madre setenta y seis años, aunque había tres días de diferencia en su muerte. El último día mi madre se empeñó en levantarse y recorrer la casa. Los brazos que con tanta frecuencia la habían sostenido en estas andanzas estaban ahora rígidos y helados, pero quedaban otros apenas menos cariñosos, y así fué de habitación en habitación, como quien dice adiós a las cosas, y en la mía dijo:

—Las hermosas filas y filas de libros, y él me dijo un día que todos y cada uno de sus libros era mío.

Y en la sala, que era su gloria, dijo con voz acariciante:

—¡Mi salita linda!

Durante todo este tiempo algo parecía querer, pero como la que siempre adivinaba lo que ella quería estaba muerta, le trajeron muchas cosas que ella recibía con un meneo de cabeza. No se daban todavía cuenta de que estaba muriéndose, pero la siguieron con sus temores a través de la casa, y cuando volvió a la cama, comprendieron que estaba muy decaída. En cierto momento preguntó: —¿Eres tú, David? —Y luego creyó oír a su padre que sacudía la nieve de sus botas.

Volvióle el deseo de tener aquello que no podía recordar, y entonces comprendieron que lo que quería era la capa de bautizo. Cuando se la trajeron la desdobló con manos temblorosas de orgullo, y cuando se convenció de que estaba sin mancha, sus viejos brazos la estrecharon con adoración, y en su semblante había el inefable misterioso brillo de la maternidad. De pronto preguntó:

—¿Ha muerto algún niño? ¿Hay alguno de los míos muerto?—Pero los que la rodeaban no se atrevían a hablar, y entonces ella repitió uno a uno, a media voz los nombres de todos nosotros, en el orden de su nacimiento. Sólo un nombre se calló, el que debió venir tercero entre sus diez hijos, el nombre de la que estaba yacente en la pieza vecina, pero al último, tras una pausa, dijo su nombre y lo repitió una y otra vez, deteniéndose en él como si fuera la música más exquisita, y este fué su canto de despedida. Y sin embargo, no era más que un nombre harto común.

Entonces comprendieron que estaba muriéndose. Les dijo que doblaran la capa de bautizo y con mirada casi severa esperó que se la guardara, y luego estuvo hablando por algún tiempo de la larga vida de felicidad que le había tocado en suerte, de aquel a quien se la debía. Dijoles adiós a cada uno de ellos, y por último se volvió del lado donde la más amada acostumbraba acostarse; y rezó por más de una hora. Sólo le entendieron una que otra palabra, y las últimas fueron Dios y Amor. Creo que Dios se sonreía cuando la llevó a su lado, como le había sonreído durante esos setenta y seis años.

La ví muerta, y su cara era de una serena hermosura. Pero fui a la otra pieza donde había entrado primero, para caer de rodillas al lado de mi hermana. La perfecta plenitud de una vida como la de mi madre no había sido para ella. Ella no la quiso con las condiciones que exigía. «Nunca te dejaré, madre...» «De sobra sé que no me dejarás nunca». El fiero contento de amar mucho

es una cosa terrible. La boca de mi hermana tenía los labios como de quien ha vencido de una gran porfía.

Y aquí me quedo sin ellas, pero confío en que mi memoria irá siempre a esos días felices, no

para recorrerlos de un vuelo, sino para detenerme aquí y allá, tal como mi madre pasa por mis libros. Y si he de vivir hasta una edad en que mi mente se oscurezca y en que el pasado se refleje como las sombras de la

noche sobre el camino solitario del presente, creo que no ha de ser mi niñez la que debo evocar, sino la de ella; no un chiquitín que cuelga de las faldas de su madre para gritarle: «Espera que yo sea hombre, y dormirás

sobre plumas», sino una niñita con capa magenta y blanco delantal que viene hacia mí a través del profundo parque, cantando a media voz y balanceando la canasta en que llevaba la comida a su padre.

Tablero = 1929 =

Fíjese en la sección INDICE. En ella anunciamos los libros que nos llegan para la venta, y como son pocos ejemplares, hay que apresurarse a adquirirlos. Libres de porte, se los remitiremos a donde Ud. nos lo indique. Y revísela en todos los números, porque se renueva constantemente.

Enseñanza secundaria.

Una opinión valiosa acerca del estudio serio y metódico de los idiomas:

En la serie de estudios lingüísticos y literarios, tal vez conviniera colocar la literatura de lengua castellana (española y americana) inmediatamente después de los estudios de castellano. En los cursos de literatura me parece esencial basarlos en lecturas directas que hagan los alumnos.

En la enseñanza de idiomas vivos—y del latín, si se implanta—me parece muy importante que se dedique especial atención a la *lectura y traducción* de modo que el alumno llegue a *leer* con facilidad: es necesario que lea, desde el segundo año, *obras enteras* en el idioma que está estudiando, y estas lecturas deben ir aumentando en cantidad; pueden ser dos o tres en el segundo año, seis o siete en el tercero, etc. Es lo que he visto hacer con éxito y he practicado yo mismo, en los Estados Unidos; es lo que se practica en Francia, Alemania,

Inglaterra. Esto no quiere decir que la conversación en el idioma extranjero se suprima; no: la clase debe darse, en lo posible, en el idioma que se está enseñando; pero la finalidad principal es que el estudiante adquiera la facilidad de leer aquel idioma. El estudiante que salga del colegio tendrá siempre posibilidad de leer el idioma extranjero, pero es dudoso que tenga posibilidad de conversar en él; y si se sigue una carrera universitaria, tendrá necesidad de idiomas.

En cuanto al latín, donde el peligro no está en que se atienda más a la conversación que a la lectura, sí ofrece el peligro, en cambio, de que se conceda demasiada atención al aprendizaje gramatical y se haga poca adquisición de vocabulario, poca lectura, con lo cual se perderá todo el trabajo hecho y el estudiante no sabrá latín, como no lo sabe en aquellos países donde la enseñanza es aprendizaje de formas gramaticales más bien que lectura y ejercicio sobre textos.

Palabras juiciosas de Pedro Henríquez Ureña, profesor de Letras en el renombrado Colegio Nacional de La Plata, República Argentina, en donde se ha reformado hace poco el Plan de Estudios.—En *El Argentino*, La Plata.

Los bandidos nicaragüenses.—

Durante algún tiempo las agencias de información guardaron absoluto silencio sobre la vida y milagros de Sandino. El gobierno americano fingió haberlo dado por muerto. La farsa electoral puesta al cuidado del brigadier Mc Coy para llevar al solio de los Chamorros al ge-

INDICE	
Legenda aut adquirenda	
	
Podemos venderle estas obras de Derecho:	
Joaquín V. González: <i>Manual de la Constitución Argentina</i> . 1 vol. pasta.....	12-00
Alfredo Mendizabal Villalba: <i>Los tratados de Paz</i> . Su naturaleza, fundamento jurídico y eficacia.....	4-00
Rodolfo Sohn: <i>Instituciones de Derecho Privado Romano</i> . Historia y sistema. 17.ª edición.....	17-00
Adolfo Posada: <i>Derecho Usual</i> . 1 vol. pasta.....	7-00
G. Venezian: <i>Usufructo, uso y habitación</i> . 2 vols. pasta.....	35-00
Piero Calamandrei: <i>Demasiados abogados</i>	4-75
Luis Recasens Siches: <i>La filosofía del Derecho de Francisco Suárez</i>	4-25
José Escobedo González-Alberú: <i>Las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la Historia, la Doctrina y los Cánones</i>	8-00

neral José María Moncada, ocupó la atención y la curiosidad del mundo americano. Electo Moncada, su primera iniciativa fué la de perseguir a Sandino, declarándolo traidor a la patria.

Ahora los cablegramas vuelven a darnos noticias de los guerrilleros nicaragüenses, a quienes mecánicamente se llama *bandidos*. Un destacamento de tropas americanas ha caído en poder de los soldados de Sandino. Aun vive el indio heroico que ha hecho en las montañas de Nueva Segovia, el teatro de sus fabulosas hazañas.

Después de tantos esfuerzos hechos por la táctica y por la artillería para despojar a la guerra del carácter caballeresco que tuviera, reduciendo al soldado a un simple tornillo de una gran maquinaria, la montaña nicaragüense le ha permitido a Sandino revivir las épocas de Juan Martín, el Empecinado, y de Zumalacárregui.

¿Quién hará el romancero de esa guerrilla? Valle Inclán, que cantó la guerra carlista, podría darle color y fulguración a estos descamisados de Nicaragua, que, en un siglo domado por la técnica y por el dinero, han sido capaces de poner en jaque al estado más poderoso de la tierra.

Estos *bandidos*, a pesar de todo, son el orgullo de una raza y representan el sentido romántico y heroico de la vida frente a la capitulación y a la baja domesticidad. Moncada, gato gordo, alimentado con el pan y la leche de los invasores de su patria, es un tipo más

ROGELIO SOTELA

ABOGADO Y NOTARIO

Oficina en las Arcadas, frente al Teatro Nacional.

TELÉFONOS:

2034 OFICINA
2208 HABITACIÓN.

LIBRERIA ESPAÑOLA

10 Rue Gay-Lussac, París V,
y Mayor 4. Madrid, España

Envía libros españoles, franceses, etc.,
a todos los países en las mejores
condiciones.

Pídase información de novedades.

Depositorio del *Repertorio Americano*.

LA SASTRERIA AMERICANA

J. PIEDRA & Hno.

CONFECCIONA LOS MEJORES TRAJES

DE ETIQUETA - PARA DIARIO - PARA DEPORTES

Si Ud. quiere vestir sin mayor desembolso, le invitamos a obtener una ACCIÓN en nuestro CLUB en formación; le daremos informes

LADO OESTE FOTO HERNANDEZ

representativo de la época que Sandino. Después de haber vendido los rifles de sus ejércitos victoriosos a un ignominioso precio de baratillo, después de haber obtenido de Washington el envío de unos técnicos electorales que le aseguraran su elección, Moncada se siente unidad importante del panamericanismo y llama

bandidos a los defensores de Nicaragua».

La conquista tiene su idioma propio. Dentro de esa jerga convencional se llama *bandit* al hombre que se echa un fusil al hombro para librar las fronteras patrias de la sombra de los invasores.

(El Tiempo Bogotá)

Las siete lámparas votivas

A Díaz Mirón, en Veracruz

I

Me recibes enfermo, tendido en cama.
Se te oxidan las fuerzas, viejo león;
mas no herrumbra el olvido tu recia fama
ni herrumbra la tristeza tu corazón

En los ojos te fulge la interna llama:
humo espiras: tu habano, breve tizón,
por el pecho en ceniza se te derrama...
Y me acuerdas volcanes en erupción.

¡Volcán de altiva cumbre, de lumbre homérica:
pasión y poesía y amor de América,
ciega de sol, preñada de porvenir!

¡Varón Popocatepetl, hombre Orizaba,
por el pecho te miro correr la lava
y en los ojos la interna llama fulgir!

II

Luminosa la niña, cual una estrella
que irradia ternura sobre tu mal:
cuidados que son mimos, te los da ella;
y traza lo que dictas, musa filial.

Y ante la dulce gracia de la doncella,
en cuyo acento riman oro y cristal,
su generoso impulso tu ánimo sella:
me bendice en tu afecto voz patriarcal...

Pródigo de nobleza, me llamas hijo...
En la mano tremenda que me bendijo
pose los labios, mudos de la emoción.

Y sentíme en la Biblia, cuando en la sombra
Jacob se enfrenta al Ángel que no se nombra
y conquista por lauro su bendición...

III

Si tu orgullo lo manda, tu ser se inmola:
lo mismo en el Octubre que en el Abril.
Marcada—plomo y fierro—tu carne sola;
tu dignidad, ilesa: brava y gentil.

Sobre el mármol pulido de la consola,
junto a la plegadera, plata y marfil,
yace con negro brillo tu fiel pistola,
castigo fulminante de insulto vil.

¡Pistola de calibre 44,
no para las tragedias en el teatro,
sí para la tragedia de viva faz:

justiciera pistola del homicida
que de la torpe injuria guarda la herida
pero no la vergüenza, reposa en paz!

IV

Oyéndote, me embriago de añejo vino.
Hablas de Poesía. Y al evocar
las Sombras inmortales, el Gibelino
surge, lóbrego el ceño, triste el mirar...

Y luego pasa Milton, de torvo sino...
Y Shakespeare, vasto y hondo como la mar...

Y Quevedo, la frase de acero fino,
porque esgrime el acero sin vacilar...

Hugo, Byron, Carducci, libres gigantes.
Y América les rinde voces triunfantes,
preñada de futuro, ciega de sol.

Son las voces magníficas de tu Verso,
ancho río que corre, sereno y terso,
Amazonas del numen que habla español!

V

Hugo, Byron, Carducci... Qué sobrehumano
vigor de rebeldía puja en los tres!
Lauro y mirto a su gloria trenza tu mano,
tu palabra el tributo pone a sus pies.

Con qué soltura tornas tu verbo hispano,
si anatema de Hugo, bravo francés;
si reto de Carducci, fiero italiano;
si apóstrofe de Byron, bizarro inglés!

Y cuando su tributo paga a tu verbo
resplandece en tu espíritu el don superbo.
Byron te dió los sueños de su don Juan.

Hugo te dió la fusta de los Castigos;
Y Carducci—los astros fueron testigos—
te dió el ímpetu indómito de Satán.

VI

Tu mano, que a los héroes teje florida
guirnalda y a la Bestia doma el testaz:
que disparó la muerte, labró la vida,
y sembró la belleza, trigo de luz!

Puse en ella los labios, y estremecida
mis labios la sintieron, cual si en la cruz
del tormento sangrara por cruda herida,
¡oh titán crucifijo de Veracruz!

Veracruz es tu Cáucaso, y verdadera
cruz en donde te crispas... Si yo pudiera
librarte de la oscura crucifixión!...

Mientras rondan los buitres, oh Prometeo!,
se te enrosca el ofidio, falaz trofeo
del águila en el mito de algún blasón.

VII

Pero vendrá la aurora de un claro día,
alba de apoteosis, amanecer
en que México bulla, patria bravía,
a cumplir con tu nombre triunfal deber.

Entre tanto aquí tienes, pobre por mía,
la ofrenda que por mía triste ha de ser:
mi Venezuela sufre pena sombría
y errabundo memora su padecer...

Toma, padre, la ofrenda de mi cariño:
los pecados del hombre, la fe del niño,
se juntan en su esencia, con su virtud.

En el ara de Apolo, rudos y fieles,
siete bronce labrados por mis cinceles
alzan fuego votivo por tu salud.

Alfredo Arvelo Larriva

A bordo del *Espagne*, frente a las Azores,
octubre de 1927

Imprenta Alsina (Sauter, Arias & Co.), San José, Costa Rica

Fabricando parásitos.—Ya se van a recomenzar los trabajos escolares. Numerosos colegios de todo género, y bajo diferentes denominaciones, reabrirán sus puertas, y se entrará por ellos un alud de muchachos y muchachas, que van ahí a sacar su título, como ellos mismos dicen con exactitud alarmante; pues en cuanto a sacar, o adquirir ahí una capacidad real y suficiente para ganar su pan, las más de las veces no sacan nada.

Son bastantes en esta ciudad los colegios y escuelas donde se verifica lamentablemente lo que un escritor irónico, Tibble Machado, nos decía hablando de la despreocupación con que en estos pueblos se ejerce el oficio de la enseñanza: «en Centro América, decía, se cree que la Pedagogía es el arte de enseñar lo que no se ha aprendido».

Así es la verdad, por lo menos en lo que se refiere a nuestro país: que muchas gentes viven de enseñar lo que ellas mismas ignoran.

Criaderos de parásitos son muchos de esos establecimientos adonde se llega, y se gastan el dinero y el tiempo en sacar un título. Y de los cuales, una vez sacado el título, los incautos que ahí gastaron tiempo y dinero, salen a pesar más que nunca sobre sus familias, que tienen que suplir con sacrificios incontables la ineptitud de los titulados.

A la postre, la dificultad se resuelve: el Estado les cede un rincón en su Presupuesto, donde título y titulado se enmohecen, a costa de los contribuyentes.

Lo peor es que la Nación, en una u otra forma, ayuda siempre a sostener esos criaderos de parásitos: a uno le da subvención, a otro casa, a otro becas, a otros mobiliario y material de enseñanza. Por inercia, por sentimentalismo, por hábito, se dice siempre *si* y se tiende la mano a quien no la merece, y se fomenta así el engaño y el daño causado a las familias, con una enseñanza de mentira, que convierte en inútil a quien pudo ser miembro eficaz de la comunidad y apoyo de los suyos.

No queremos citar nombres. Pero *si el gobierno quiere practicar una inspección, si quiere hacer la cuenta de los titulados que salen a ganar su vida honorablemente, en ocupaciones reales y útiles y honestas, y no a costa del Erario*, se verá que no exageramos al denunciar ese falso comercio de la enseñanza y esa lluvia de títulos que pone en ridículo al país, y en dificultades a las familias y al Estado.

El porcentaje de los que *aprenden*, de verdad, a ganarse la vida, es irrisorio. Y esas fábricas de diplomas, que envanecen e incapacitan a sus portadores, son ya excesivas.

El Minimum Vital no consiente parásitos: una de sus exigencias imperiosas es que todos trabajen, que todos hagan trabajo útil, eficiente, productivo. Que los cerebros y los brazos, no menos que la tierra, den fruto, y no cardos ni apariencias ni simulacros.

(Patria, San Salvador.)